

LA MUERTE ES UN ALMA DESVAÍDA

Cuentos



EDUARDO H. GONZÁLEZ



COLECCIÓN ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS DE MÉXICO
PROGRAMA DE LECTURA Y PROMOCIÓN PARA AUTORES MEXICANOS

LA MUERTE ES UN ALMA DESVAÍDA

Cuentos

Eduardo H. González



COLECCIÓN
ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS DE MÉXICO

SERIE
NARRATIVA MEXICANA

Ejemplar de distribución gratuita
Sin fines de lucro

Cuidado de la edición:
Eduardo H. González

Diagramación y diseño de portada:
Obed González

© D. R. Eduardo H. González

© D. R. Ilustraciones de portada:
Cecilia Morales Quiroz

© D. R. Ilustraciones de contraportada:
archivo del autor

Primera edición: septiembre, 2023

Hecho en México

Los autores asumen total responsabilidad por el contenido del texto y sus posibles reclamaciones.

COLECCIÓN
ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS DE MÉXICO

SERIE
NARRATIVA MEXICANA

**FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO
EN COYOACÁN**

DIRECTOR
Gerardo Valenzuela Nava

COORDINADOR DEL PROGRAMA
Obed González

PRODUCCIÓN EDITORIAL
Eduardo H. González

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN
Gerardo Valenzuela Nava
Obed González
Eduardo H. González

EDICIÓN
Eduardo H. González

COLECCIÓN

ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS DE MÉXICO

Con la colección Escritores Contemporáneos de México, la FILCO abre un espacio de apoyo y promoción de la literatura mexicana y escritores mexicanos contemporáneos, la cual promueve a autores noveles, autores con trayectoria que no han publicado y a autores reconocidos con trayectoria confirmada como parte de la inclusión que brinda las diferentes visiones de nuestro México que también posee distintas tradiciones y diferentes maneras de habitar el mundo.

La colección Escritores Contemporáneos de México ha sido creada con un fin estrictamente cultural, en el marco del respeto a los derechos humanos, en particular atención a las personas

con discapacidad, adultos mayores y grupos sociales vulnerables. Los libros son de distribución gratuita. Está prohibida su venta o lucro que se pudiera generar con la misma. Lo anterior en los términos del Artículo 148 de la Ley Federal de Derechos de Autor.

El libro de cuentos LA MUERTE ES UN ALMA DESVAÍDA de la colección Escritores Contemporáneos de México es un proyecto autosustentable del PROGRAMA DE LECTURA Y PROMOCIÓN PARA AUTORES MEXICANOS, realizado por la Feria Internacional del Libro en Coyoacán.

ÍNDICE

Prólogo	8
La marca	12
La disputa	44
Todos fuimos al mitin	72
La penitencia	92
El secreto	109
La herencia	131
Al otro lado	182
El acomedido	199

PRÓLOGO

Con el libro *La muerte es un alma desvaída*, de Eduardo H. González, se abre la Serie Narrativa Mexicana de la Colección Escritores Contemporáneos de México. Proyecto autosustentable del Programa de Lectura y Promoción para Autores Mexicanos, instituido por la Feria Internacional del Libro en Coyoacán. El presente tomo constituido por una serie de cuentos es la punta de lanza para ofrecer al lector el trabajo literario de plumas que residen en otras partes de la República Mexicana. A través de su labor creativa podremos observar las costumbres, tradiciones

y maneras de comunicarse en este México tan diverso. En *La muerte es un alma desvaída*, observaremos un México vivo que en ocasiones no hacemos consciente y que convive con nosotros como un espectro por medio de las situaciones y personajes que concibe Eduardo —quien radica en el Estado de México—, ofreciendo esas creencias que, a pesar de que vivimos en el siglo XXI, se mantienen en el inconsciente nacional —como escribe Carl Gustav Jung sobre el inconsciente colectivo— y se ocultan en lo más hondo de nuestra cultura como parte de aquello que también permite encontrarse con esos mundos alternos que se

introducen en la realidad y donde también participamos como parte de lo cotidiano sólo que deconstruido. Esas otras realidades que son tan nuestras y que ya no vemos y que se manifiestan de distintas formas en todas las regiones del país. Curiosa actividad que observamos cuando visitamos otra parte de la república y nos sorprende, pero que no hacemos consciente que también sorprende a otros cuando visitan nuestra región.

Sea bienvenido este primer libro y la palabra continúe siendo, como dicta Platón, el fin último de la humanidad: El bien.

Obed González

Me di cuenta de que lo mejor de mi vida era como un mal sueño aprisionado entre cosas que si no rompía me dejarían castrado.

Edmundo Valadés

LA MARCA

¡Otra vez mi compadre Honorio anda en la “tomadera”! Al paso que va segurito no llega a las festividades del pueblo. ¡Ni falta que le hace, porque si a alguien le puede rezongar es “al de arriba”, que siempre le ha jodido la vida! Además, de ese asunto del guateque mi compadre ya no quiere saber nadita, prefiere mantenerse a raya,

alejado del bullicio que provocan los de este poblado por la llegada del cumpleaños de su santito. Yo creo que a mi compadre ya se le hizo costumbre andar siempre a distancia de otros... por eso está tan reacio con el asunto de la compañía.

Yo le he dicho que si quiere se venga a vivir conmigo, porque eso de estar siempre acompañado por la soledad a nadie le hace bien. Y a él, menos. Pero él me mira calladito, es como si me rezongara con la mirada y con el gesto apagado de su

rostro. Yo le miro su tristeza; su mirada enjuta y sin brillo; sus labios amarrados al silencio. Me da lástima verlo tan achicopalado. Está así porque el júbilo ya no es asunto suyo.

En los recuerdos de mi compadre las sombras de sus parientes no lo abandonan. Lo digo porque desde que se le murió el último de sus hijos no ha parado de echarle fuego a sus entrañas. Yo creo que lo hace para que el atarantamiento lo ayude a olvidar. También lo digo porque se la pasa

mendingando entre los borrachines del pueblo para que le compartan... Creo que entre ellos encontró acomodo porque no les debe ninguna explicación. Yo lo miro desde lejos, en su cara la tristeza es asunto de todos los días y sus ojos oscurecidos por la nostalgia no me dejan mentir. Por eso digo que los recuerdos no lo abandonan, porque se la vive siempre angustiado; con la voluntad derrenegada; soportando las penas que trae amarradas a su alma.

Yo le concedo razón porque para él, sus chamacos y su mujer, eran los únicos que le alegraban la jornada. No le importaban las carencias si miraba a sus críos, a su lado, retozando jubilosos. Y a su mujer siempre pegada a la labor. Con eso se conformaba el hombre, porque mirarse acompañado de los suyos le llenaba el alma de sosiego.

Pero su mujer, la difunta Gertrudis, pasó a mejor vida hace ya como tres años. Apenas su crío vio la luz, a ella se le

oscureció para siempre la mirada. Por eso mi compadre se arrimaba con el menor de sus retoños, para aguantar la soledad que le había encajado en los huesos la susodicha. Pero igual que su difunta mujer, todos sus parientes se le murieron. También el menor le hizo la mala jugada. Desde entonces nomás se acompaña del recuerdo que le dejaron los suyos. ¿Qué otra cosa puede hacer...? Si en este pueblo nadie ha querido darle la gracia de su compañía. Lo digo porque los hombres de

este lugar siempre le han negado su amistad, y nunca han querido favorecerlo con el asunto de la labor. A mí me consta, a más de uno mi compadre le ha suplicado para que se apalabren y lo favorezcan con la faena. Pero lo único que ha recibido mi compadre Honorio son puros desdenes. Además del desprecio de los de este poblado, mi compadre se ha tenido que aguantar la humillación de mirar cómo esquivan su presencia. Si nomás lo miran a lo lejos y ya están “dándole la vuelta”. Lo

hacen para evitarse la molestia. Y para no tener que soportar que mi compadre les dirija el saludo. Dicen que le huyen a mi compadre porque la mala suerte nomás anda buscando donde pegarse y que él, de eso sabe de más.



De todos los chamacos de mi compadre Honorio el menor era mi único ahijado, se lo bauticé porque nadie más quiso. De sus demás chamacos puedo decir que ninguno tuvo el sacramento del bautizo. Eso pasó

porque todos en el pueblo lo desprecian. Dizque por ser el más amolado. Por eso lo desprecian. ¿A poco creen que es por gusto? Bien claro está que para algunos por más que batallen, nomás no les llega la iluminada.

¡Pobrecillo mi compadre...! Ya se ve todo avejentado por tanta penuria, ni parece que apenas trae encimita de los cuarenta. Pero vivir siempre entre tanta miseria le ha cobrado duro a su cuerpo.

Mi compadre Honorio es un hombre de los buenos, me consta, siempre luchó contra el infortunio, pero le faltaron las oportunidades. Y bien que las buscó, hasta se fue para “el otro lado” en busca del patrimonio para sus allegados. Pero no aguantó sin ver a su mujer que estaba con la panza a punto de reventarle por uno de sus chamacos. No quería que sufriera ella solita por la llegada de su retoño. De por sí, ya habían batallado mucho para que ella quedara nuevamente encinta, y como ya se

le habían muerto, apenas viendo su primera luz, un par de críos, estaba bien ciscado y adolorido del alma. Ya desde entonces la voluntad lo estaba abandonando, por eso se dejaba agredir por el dolor. Se le murieron los críos y desde entonces la voluntad ya estaba agarrando la misma vereda.

Y todavía le duele que a ninguno de sus chamacos, ni a su mujer, les hayan dado la última bendición. Pero el desvergonzado del padrecito, encajoso

como siempre ha sido, le cobraba los centavos que no tenía por hacerle el favor. Y ya con ese impedimento, el compadre Honorio prefirió aguantarse las ganas que tenía por su devoción. Creo que a mi compadre la fe por “el de arriba” no le ha servido para nada. Y si acaso le ha servido de algo, es de puro desconsuelo.

Antes que la huesuda le arrancara uno a uno a sus parientes, él era bien devoto, siempre buscaba consuelo rogándole al patrono de este lugar. Le

rezaba porque lo creía milagroso. Le hacía la súplica para que le diera aunque fuera lo del día, le pedía lo justo nomás para no dejar sin comer a sus criaturas. Y cuando el mayor de sus chamacos se le enfermó, más se acercó a la iglesia. Pero del padrecito recibió “puras habas”. ¿Y “del de arriba”? Lo mismo. De nada le sirvió encomendárselo al dizque santito, porque claro se deja ver que hasta él le negó su tiempo.

De sus otras criaturas y de su mujer puede decirse algo semejante, antes que se le adelantaran a mi ahijado, cuando la huesuda se les emparejó y les propuso su compañía, mi compadre se apresuró para encomendárselos al santito... pero “del de arriba”, nada de nada. Puro resentimiento conoció mi compadre de su fe. Por eso creo que de su devoción lo único que ha tenido es puro desconsuelo.



Yo también quedé ciscado desde aquella vez... El compadre me espantó con sus gestos que parecían los de un demonio, la desesperación le había asentado unas muecas bien extrañas en su cara, y su mirada parecía echar lumbre. Vino a pedirme ayuda, la desesperanza de ver a su chamaco secarse lo estaba matando. Me pidió que lo ayudara con unos centavos para la curación. Pero cuando llegamos a la casa del doctorcito, de mi ahijado ya ni el resuello quedaba, sólo nos quedó mirar

como el susodicho movía lentamente la cabeza para decirnos que ya no podía hacer nada. Mi compadre hasta aulló de dolor, el cuero se me enchinó todito viendo cómo se revolcaba.

¡Otra vez la tristeza lo acompañaba hostigándolo!

¡Otra vez la pinche suerte le daba merito en el alma a mi compadre!

Yo jamás voy a sentir su angustia, porque siempre le hui al casorio. Además, eso de rendirle cuentas a una mujer se me

aparece como un asunto de desasosiego. Y luego, eso de pararme frente a un ensotano para que me dé su aprobación... la verdad me causa un cosquilleo extraño. Yo nomás miro cómo los habitantes del pueblo le muestran su simpatía como si de él fueran a recibir algún beneficio. ¡Pobres! Si no fueran tan ingenuos... si notaran que lo único que ese desgraciado les ofrece es su desprecio... Pero a mí que no me venga con la falsedad de sus injurias: que si su promesa del

cielo... que si él me perdona mis pecados... que si no le cumplo al santito me voy derecho al infierno... ¡Cómo si no hubiera visto todas las cochinadas que le hizo a mi compadre el muy infeliz! De sus palabras que a otros ponen temblar, a mí lo único que me provocan es el aborrecimiento por su persona.

¡Y del asunto de criar niños, mejor ni hablamos, nomás no se me da! Si le bauticé su chamaco a mi compadre fue por pura amistad. Porque no está demás decir que ni

a la iglesia fuimos. El compadre ya traía el resentimiento bien metido en el alma. Cuando me pidió que le bautizara a su crío acepté porque el me pidió que me comprometiera nomás con las palabras. Y así lo hice. Nos compadramos por puro gusto; por la amistad y por el compromiso que nació antes que las palabras nos unieran aún más.



A mí me tocó conocer a Honorio en su apogeo, estaba recién comprometido con la

comadre, la difunta Gertrudis, desde entonces ya eran pobres, pero se arrejuntaron porque les nació amor del bueno. La comadre estaba rechiquilla, apenas cumplía las catorce primaveras cuando este hombre le habló de casorio. Honorio le contaba de menos quince años por delante a la difunta Gertrudis. Ella se olvidó de su niñez para arrejuntarse con este hombre. Lo hizo porque en su cuerpo de niña ya vivía una mujer. Lo hizo también porque Honorio siempre ha sido

un hombre de palabra y la encandiló con sus promesas. Le dijo que le sobraría por ella el respeto. ¡Y bien que le cumplió! Porque luego del compromiso nunca volteó la mirada para ningún lado. Por eso digo que es un hombre de palabra.

Antes del casorio, Honorio y su servidor ya compartíamos la compañía. Nos hicimos amigos desde chamacos, desde que corríamos todos alebrestados por el campo. Corríamos despreocupados detrás de las mariposas que inundaban este

lugar. También se nos hizo costumbre andar sobre la vereda, camine y camine hasta que la noche le hacía el cortejo a la tarde, y luego ella se acurrucaba bajo su manto y se escondía de nosotros. Nos hicimos compadres porque la amistad nos la cobrábamos a la par. También fue porque la amistad que traíamos arreció, no le bastó la infancia y se nos pegó hasta que los huesos se nos hicieron duros. Nomás nos bastó apalabrnos para aceptar el

compromiso. ¿Qué no es así el afecto? Por eso lo del compadrazgo, por pura amistad.

Cuando mi compadre y su mujer ya compartían todas las horas de su tiempo, se fueron a avecinar con Cenobio, él es dueño de varias propiedades, y le endilgó a Honorio unos cuartos para que empezara su vida de recién esposo. El compadre le dijo que nomás por una temporada le haría el gasto, en lo que juntaba para hacerse de su casita. Pero después de un año de puras mortificaciones, Cenobio los corrió, porque

las deudas no se perdonan, y en el negocio, menos.

Desde entonces se la pasaron botando de aquí para allá, siempre de arrimados. Andaban así porque nunca ajustaban para las rentas, y salían siempre humillados de todos lados.

La comadre Gertrudis le aguantó todas las carencias al compadre, será porque nunca conoció persona distinta a él. Además, ¿adónde se iba? Si todos sus parientes la despreciaron desde que

decidió hacer vida junto a este hombre. Arrejuntarse con el compadre le costó poner una larga distancia entre ella y los susodichos. Luego del desencuentro, jamás pudo arrimársele a su parentela para mirarles de nuevo el rostro. Tal vez por eso tuvo que conformarse con la compañía de mi compadre Honorio.

Pero las consecuencias siempre llegan, y la pobreza no quiso quedarse atrás, le cobró caro a Honorio, y por eso se le fueron muriendo uno a uno sus

parientes. ¡Bien que lo compadezco, porque aguantar tanta desgracia, no cualquiera!

Yo no quisiera hablar mal de mi compadre... pero después de tanto ajetreo que la muerte le ha endilgado, lo que este hombre necesita es morirse para hacerle compañía a los suyos. Y no le falta mucho, porque ha de tener toditas las tripas recocidas por tanto mezcal que se ha metido. ¿¡Y las malpasadas!? ¡Ni se diga! Estoy seguro de que se le pasan los días sin

meterse alimento del bueno. Pura porquería ha de comer el desdichado.



El compadre Honorio ya ni me da aviso de su paradero, aunque seguro se le encuentra en el lomo del cerro, de donde lo he ido a recoger muchas veces. Sólo allí pudo enterrar a sus muertos. Lejos del bullicio. Donde nadie hacía caso de su sufrimiento. Se encargó el hombre de picar la tierra bien hondo, les hizo a sus parientes unas tumbas como para enterrar a su peor

enemigo. Luego, les echó paladas de tierra hasta que sus brazos se le hincharon por el cansancio, parecía que los quería bien abajo para que no se salieran. Pero no era rencor lo que sentía. Lo que mi compadre le quería evitar a sus difuntos era que sufrieran otra vez tanta humillación. Los tapó con la tierra pesada; con su dolor que crecía hasta hacerse inoportuno; con la pesadumbre de saberse solo. Les impuso el silencio que le atosigaba las entrañas. ¿Y por arriba de los muertitos...? Nada de nada... Nomás se

mira la tierra pelona que se alborota con el viento. Fue el desprecio que recibió de parte “del de arriba” el que lo obligó... Le ganó la renuencia y se le oscureció el coraje, por eso ni cruz les puso.

—¿Para qué...? Si “al de arriba” mi presencia se le indigesta. Me odia como si de mi boca nunca hubiera escuchado una súplica —. Gritaba con su aliento que apestaba a comida descompuesta, y las horas se las acababa aquietando la tierra con sus lagrimadas.

Pero ahora se la pasa calladito, hasta parece que ya ni resuella.



¡Pobre de mi compadre, nomás se apareció en esta vida para padecer! Nació con la marca del desconsuelo y vivió con la consigna de mirar cómo se le secaban sus parientes. Tuvo de oficio mirarles su dolor que siempre les quemaba los impulsos; sufrir por el hambre que se aferró a sus entrañas; meterlos bajo la tierra para evitarles la maldad del sufrimiento. Y la

dolencia de vivir siempre con la voluntad derrengada. Ese también fue su oficio.

Segurito no me equivoco al decir que de tanto aguarle el alma fue que se le acabó el coraje para seguir viviendo. Yo lo quiero bien, es mi compadre, pero las ganas de vivir él ya no las tiene, y así, no se puede hacer nada.

Yo creo que de este asunto de las desgracias entre las que siempre ha vivido mi compadre, ya solo me queda esperar que las penas acaben de secarle el cuerpo,

porque el alma de este desdichado está,
desde hace tiempo, tan seca como sus
difuntos.

LA DISPUTA

Me regresé para mi pueblo porque la soledad se me encajó en el alma. Y porque mi mirada se me estaba apagando de más; y de las oportunidades para progresar, ¡ni qué decir!, nomás no se me habían presentado. Por eso me regresé. Empecé la vuelta con la compañía del desasosiego; con el pecho henchido de malos recuerdos;

porque la voluntad se me estaba derrengando. También por eso me regresé. Me recibió la hosquedad del temporal. Era como si la canícula me anunciara el cobijo de la oscuridad.

Todavía recuerdo que fue la necesidad por hacerme de un patrimonio la que me obligó a andar la vereda. Me fui porque mis huesos ya están endurecidos; entre la angustia por no saber si el destino me sonreiría; porque mis pensamientos ya sabían lo que era soportar lo pesado de la

labor. Y para que nadie me echara en cara que soy un mantenido. También por eso me fui. Fue cuando les dejé a mis padres la carga de mi ausencia. Me acompañaron mi miedo y la ilusión de mis padres por mirarme volver. Me di valor para dejar a mis parientes mayores y emplearme en La Somada. Me habían dicho que en ese pueblo encontraría con qué compensarlos por haberme socorrido desde que era un chamaco. Pero desde que llegué allá me

encontré con la triste noticia de que no era bien recibido.

En verdad me asombró el pueblo de La Somada. Cuenta con una población muy grande y el caserío se le anuncia a uno en la mirada desde muy lejos, y sus calles ya no son pequeñas veredas. Al contrario, sus calles anchas y alargadas le dan un toque de distinción. Los lugareños andan todos alborotados porque el empleo les llega desde la capital. Dicen que llegaron los hombres trajeados y de pelo relamido,

y que nomás se pusieron el casco en la cabeza empezaron a construir puentes y caminos para que la comunidad supiera lo que es el progreso. Dijeron, esos hombres, que el pueblo se parecería a la ciudad de donde ellos venían. Además, junto con las construcciones brotaron como espigas montones de comercios donde la gente adinerada acapara todo lo que se le antoje.

Nomás que con el progreso les llegó también, a los hombres de aquel poblado, la envidia. Lo digo porque no dejan que

gente venida de otros lugares trabaje allí. Dicen que si reciben a más el trabajo se acabará pronto y otra vez a sufrir las carencias. Con sus palabras cargadas de apatía, clarito dejan ver que desde que se emplearon con los hombres del casco, germinó en su cabeza, además, el gusano de la insidia. Yo creo que daño no les hacía, lo único que quería era progresar como ellos, y mandarles su dinerito a mis padres, para agradecerles por lo de la crecida de mis huesos. Pero después de un año de

traer pegadas las penas al cuerpo, recibiendo el desprecio de todos los de aquel lugar, con el desasosiego hostigándome los arrestos, mejor me regresé para mi tierra.

Yo creí que cuando menos en mi casa se alegrarían de verme, pero la única que me recibió con gusto fue doña Eleonor. Ella es mi madre. Y ella fue la que le ayudó a mi padre para que a mí y a mis hermanos no nos hiciera falta el sustento. Doña Eleonor me recibió con la envidia que da

el cariño, pero nomás me miró y el llanto se le abalanzó y la puso a temblar como una chiquilla. Las lágrimas se le amontonaron en los ojos y en sus manos se le miraba una rara temblorina. Cuando me abrazó sentí que su cuerpo era como una rama torcida a punto de quebrarse. La pobrecita me dijo entonces que lloraba por la alegría de ver a su hijo mayor de vuelta en su casa. Pero que también le aguaban los ojos porque la tristeza la estaba atosigando de unos días para acá. Aun con la tristeza encima,

sacando valor de no sé dónde, me dijo que mi padre se había muerto, y que nadie me había dicho nada para evitarme la pena. Porque andaba yo ausente y sin nadie que me consolara. Por eso nadie me avisó.

Dicen que a mi padre le entró la insolación y su cuerpo se secó. Aseguran los dicientes que fue tan rápido el asunto, que ni tiempo les dio a mis hermanos de acercarlo con el doctorcito del pueblo. También dicen que ellos quisieron reanimarlo, pero que de nada les valió...

nomás les quedó mirarlo sin remedio que darle, y porque él ya había pasado a mejor vida. Por eso nomás les quedó mirarlo. También dicen los dicientes que ellos se dieron cuenta del asunto hasta que mis hermanos les avisaron. Yo escuché las palabras de los hombres de este poblado como si fueran pinchazos en mi alma. Ya nomás me quedó consolarme con el silencio que nace para acompañar la dolencia.

Digo que la única que se alegró al verme fue doña Eleonor, porque de mis hermanos recibí puros reproches: que si me había ido abandonando a nuestros padres; que si nunca les mandé dinero; que nunca les participé del lugar donde andaba. Si supieran los condenados... Yo ya no quise hablar de todo el desconsuelo que pasé alejado de los míos, porque de algo estoy seguro, nunca me faltaron días para sentir lo encajoso que es el sufrimiento. Tampoco me faltaron días para sentir en las entrañas

el hueco que provoca el hambre. Era cuando mi estómago me exigía que calmara aquella zozobra. Esa exigencia me molestaba a más no poder; las entrañas me chillaban tan fuerte que parecía que tenía un animal adentro. ¿Y de las dormidas en cualquier lugar donde me agarraba la noche, sintiendo el frío mordiéndome los huesos...? ¡Palabras me sobran para enunciar todo el sufrimiento que pasé! Y todo lo soporté, menos el desprecio de los

de aquel poblado. Por eso me regresé para mi pueblo, para evitarme su humillación.

Pero Luis, que siempre ha sido el más hostigoso, me atosiga con sus reproches todo el tiempo. Creo que no le cayó nada bien que me regresara, porque apenas amanece y ya está dale que dale con los reclamos. Ya hasta me insinuó para que emprendiera de vuelta el camino. Me dijo que mi persona estaría mejor en otro lugar. También me dijo que aquí a nadie le hago falta.

Yo mejor me aquieto las palabras, no vaya a ser que me encabrite y salgamos amuinados de más. De por sí, mi madre ya tiene su pesar, para qué hacerle más grande su dolor.



¡Qué raro se siente este lugar! Si hasta parece que el olor de la ausencia está impregnado en todas las veredas. Bien que lo decía mi padre: nada hay como la familia para que uno esté pegado al afecto. Eso decía. ¡Viejo testarudo, si algo sabía yo era

que en sus palabras se encontraba la verdad! No está de más decir que era recio el hombre, todo desmañado para la labor, con sus surcos en la cara de tantos años que ya le habían amanecido; y su voluntad que no se encorvaba ni con las carencias que siempre han rondado este pueblo; y su cuerpo que semejaba un tronco bien plantado; y su mirada que semejaba un remanso de agua; y sus manos, fuertes como raíces de acacia. Esas sí que estaban buenas para los manazos. Yo se las probé.

Y nomás con una tanteadita que me dio me aquietó lo rezongón. Aunque debo confesar que yo todavía no entiendo cómo fue que le ganó la insolación, porque si a algo estaba acostumbrado mi padre era a soportar la animosidad del temporal. Si no, ¿cómo le hizo para conseguirse sus tierritas?

Los ojos de doña Eleonor no dejan de aguar, hasta los huesos se le notan por las malpasadas que se le han amontonado, todo por llorarle a su muerto. Yo me le

acercó calladito y me arrojé a su lado, intento con mi presencia hacerle el feo a la soledad. Intento distraerla para evitarle a doña Eleonor la frialdad con la que esa condenada la abraza. Aunque creo que ni vale la pena porque mi madre está toda desconsolada. Por eso ni cuenta se da la pobre de mi compañía. Pero ni para reclamarle por su apatía, porque claro está que el dolor que le provoca la ausencia de mi padre le está apagando el alma.



No me quedó más que negarme a las palabras que, semejantes a un susurro desconsolado, me ofrecía mi madre. No quise apalabrarme con ella cuando me enseñó unos papeles, y menos cuando me dijo que eran míos. Le alegué para que se los diera a cualquiera de mis hermanos: a José, que es el más chico, para que no tenga que padecer lo que nosotros. Yo como quiera estoy fuerte y si algo le aprendí a mi padre fue a no quedarme quieto en el asunto de la faena.

Pero no sé qué habrá notado doña Eleonor, porque ni a Luis ni a José, ella quiere que las tierras que mi padre le dejó pasen a mi posesión. Pero yo no quiero escuchar las groserías de mis hermanos cuando se enteren de sus intenciones. Dirán que eran verdad sus palabras, y que me regresé para el pueblo por puritita ambición. Aunque yo jamás le he codiciado nada a nadie. Y a mis parientes, menos. Para eso me sobra la voluntad, para ganarme lo del día. Y el sudor que viene

después del esfuerzo, también eso tengo para demostrarle a cualquiera que a la labor le entro sin queja alguna. Por eso fue que hice la intentona en La Somada, para hacerme de lo propio. Nomás que el asunto no se me dio. Además, para nadie es un secreto: mi padre me creció alejado de la limosna de los demás.

Cuando Luis se enteró del asunto de los papeles se puso todo rabioso. Se dirigió a mí con puras palabras altisonantes. Me dijo que los quería dejar en el hambre a él y

a José. Mientras vociferaba me enseñó los papeles que le había quitado a doña Eleonor. Yo me quedé todo entelerido del alma y con la confusión en mi mente gracias a su reproche. Pero él se aferró en mostrarme su encono y me sacó el machete que usa para la labor. A mí me entró el calor. ¡Ni modo de dejar que se encajara conmigo así nomás! Saqué también mi machete y en dos pasadas le hice una rajada en el brazo, nomás para que se quietara. No iba yo a matar a mi sangre,

aunque creo que él sí me trae ganas. Después de que le bajé los ánimos por maltratarme, le quité los papeles y se los devolví a su dueña.



Cuando mi madre se enteró de lo que Luis me quiso hacer se encabritó, y la pena de su rostro se desvaneció. En su lugar aparecieron unos gestos muy extraños y con la dureza de sus palabras sacó todo el sufrimiento que le atormentaba el alma.

Yo todavía no entiendo cómo fue que se atrevieron... Mi madre me contó para que no me fueran a agarrar a la mala. Ellos no lo sospechan, pero doña Eleonor lo sabe; es el recuerdo lo que punza en su cabeza y no la deja vivir: ella miró cuando le cortaron la vida a mi padre. ¡Malnacidos! Si él los parió. Creo que ni el animal más salvaje mata a su sangre de esta forma. Pero les ganó la ambición, y viendo que yo no estaba para llevarles la contra, se quisieron quedar con las tierras. Me lo dijo

doña Eleonor, clarito vio cuando entre los dos dejaron que mi padre se muriera de sed. Lo amarraron al tronco viejo que está abandonado justo donde termina la tierra de la siembra. Fue al mediodía, cuando el sol pega sobre el campo con toda su fuerza. Lo amarraron mientras lo miraban sin ningún remordimiento. Lejos de la vista de los demás, allá al final del pueblo. Allí fue donde lo amarraron.

—Fue ahí fue donde ellos le hicieron la malora a tu padre—. Eso fue lo que me

dijo doña Eleonor, mientras me señalaba el tronco, enmohecido por el tiempo, reposando en la distancia. Junto con sus palabras sus ojos se hinchaban con el arrebató de la amargura.

Yo sentía que en mi cabeza el odio revoloteaba. Las entrañas se me encendieron con el sabor amargo del resentimiento, y en mis pensamientos sólo una idea tenía... Dejé que la tarde llegara para que mis hermanos volvieran de la jornada. Miraba los papeles reposando

sobre la mesa. También miraba cómo se marchitaba mi madre. Se le secaba el cuerpo igual que su muerto. ¿Y el alma? Esa también se le marchitaba. La angustia se sentía en cada respiro que daba porque la pena ya se le había metido en los pensamientos y la aturdía sin descanso. Saber que sus hijos traían la marca de la malsana codicia, eso la aturdía.



A mí no me quedó más que ajustarles el agravio a mis parientes. Porque lo más

valioso que uno tiene en la vida son los quereres, y ellos nos habían oscurecido la existencia a doña Eleonor y a mí. Fue como si la resequedad del temporal que todo lo desgracia se me introdujera con toda su fuerza; en mí se cobijó con su insistencia que todo lo entristece.

Con mi machete bien afilado les hice “las pasadas” a mis hermanos. Nomás se retorcían con cada corte que les hacía. Pero “las pasadas” no eran para aquietarlos, los quería ver sufrir, igualito como hicieron

con mi padre. Cuando los quejidos ya no salieron de sus bocas, y cuando el silencio fue lo único que rondaba en la casa, satisfecho como pocas veces me he sentido, abracé a mi madre, y con calma le apreté los papeles contra su cuerpo, para que con ellos y el recuerdo calme el desasosiego que le dejó la ausencia de mi padre.

TODOS FUIMOS AL MITIN

¡Ahora sí, compadre, ya nos llegó el progreso! ¿Qué cómo se me ocurre decirle tal disparate? Pues si vinieron los del PRI (Partido Recumplidor e Incondicional). Por fin llegaron hasta este pueblo rascuache, y viera qué bien se expresaron de nosotros. Dijeron que somos gente bien trabajadora, y que lo único que necesitamos es una

oportunidad para salir de esta pobreza. Por mis demostraciones de júbilo, compadre, porque yo fui testigo de sus promesas, por eso le digo lo del progreso, porque clarito oí con estos oídos que me acompañan desde chamaco sus palabras de aliento.

¡Claro, compadre, no es que sea yo un iluso, pero le aseguro que de sus bocas salían puras palabras llenas de sinceridad! Nomás había que ver al hombre entrado en años, el del pelo albo; vestía un traje reluciente y blanco como su cabello; y unos

zapatos de puritita piel. Ese fue el que me abrazó, me dio de palmadas en la espalda nomás para demostrarme su afecto. También fue el que le regaló a mi mujer un montón de tiliches para su cocina, y comida para atiborrarnos el estómago de menos medio mes. Todo eso venía en el presente que el hombre le hizo a mi mujer. ¿Y a mis chamacos? ¡Ni se diga! Les prometió que ahora sí los iba a acercar al estudio, que les evitaría la pesadez de la ignorancia construyéndoles un lugar digno

para ejercitar los pensamientos y que, de menos, de aquí salen licenciados.

Y si me pregunta por la señorita que acompañaba al hombre del pelo albo, basta decirle que relumbraba de bonita. Además, era bien amistosa. Ella se la pasó acariciando a los casaderos del pueblo. Sus arrumacos les ponían tembleques las rodillas, y cuando la señorita los saludó con el beso en sus mejillas se quedaron todos atarantados de la puritita emoción. Ella también habló, con sus palabras que

sonaban a música de ángeles, nos explicó sobre el asunto de las construcciones: que si una clínica donde sobraría personal de blanco que cuidara a nuestras familias para que no se nos enfermen; que si el empedrado de las calles: que si un mercado nuevo; que si lo de la escuela para nuestros chamacos... También nos aseguró que ya no nos iba a faltar en que ocuparnos a los hombres, que trabajo iba a sobrar y que de ella y sus acompañantes esperaríamos puros beneficios.

¡Cómo que nadie le avisó, compadre! Si había anuncios por todos lados, yo los divisé desde hace varios días, y ya se me hacía tarde para estar frente a los susodichos. Luego se ve que es gente bien instruida. De esa que uno mira por obligación porque lo culto se les nota lueguito. Y porque su presencia resalta entre todos los pueblerinos que vivimos aquí. Agradecidos debemos estar porque gracias a su enjundia nuestras necesidades tomarán otro rumbo; y aunque entre su

discurso decían algunas palabras bien extrañas, todas eran muy buenas porque todos aplaudían. Y para no desentonar, pues yo también aplaudí. Y ellos, bien humildes, nos sonrieron por el regalo. La sonoridad de los aplausos. Ese fue el regalo.



“Conciudadanos, es nuestro más ferviente deseo que las carencias que hasta ahora han sufrido queden, para siempre, en el olvido. Por eso, congratulados por su presencia y cobijados

bajo su conspicua voluntad, nos comprometemos a sanar sus heridas: la marginación de la cual han sido objeto; la negligencia de sus derechos al que la otrora dominación —y necesario es decirlo, espuria autoridad— los ha sometido; el artificio de superfluos demagogos que bajo su autoritarismo los ha anquilosado.

Queridos paisanos, por la insigne y porfiada impronta de nuestra probidad, por nuestra vocación que ha de ser su remanso y su salvación, les prometo, que de ahora en adelante

serán ustedes favorecidos con una ingente demostración de beneficios. Tales beneficios darán constancia de mis palabras que, no sólo prometen, sino que me comprometen a solucionar las carencias que hasta ahora han sido el vendaval que los ha avasallado.

Sí, compañeros y amigos, es nuestra convicción que su destino avieso sea transformado por el progreso que a ustedes hemos prometido”.

Eso fue, compadre, lo que dijo, casi a punto de desbordársele las lágrimas, el hombre canoso y tan distinguido.



Si viera, compadre, que lo único que nos solicitaron fue que marcáramos con una crucecita una hojita que nos enseñaron. Yo les creí, compadre. Además, ¿cuándo se nos habían aparecido aquí gentes de ese tipo? Si la alcurnia se les nota desde lejos. Nomás hubiera usted visto sus ropas, todas relucientes de tan limpias, y sus zapatos

relumbrando como si trajeran un pedacito de sol incrustado.

No me lleve la contraria, compadre, porque no va a negarme usted que antes de estas visitas lo más distinguido que ha llegado a este pueblo rascuache fue aquel par de trajeados que no disimulaban su atarantamiento. Segurito eran unos beodos descarriados, porque a leguas se veía que traían la juerga bien encarrerada. Lo más seguro es que se perdieron y vinieron a dar acá. Eso ni visita es.

¡Ándele, compadre, no sea tan desconfiado! Lo único que tenemos que hacer es lo de la crucecita en la hojita. ¡Anímese porque no le cuesta nada acompañarme y apalabrarse con esas gentes! ¡Apúrese, hombre, porque nos dijeron que nomás van a estar por aquí unos días, y después se irán para la capital a tramitar todo el progreso que nos prometieron! ¡Convénzase de una buena vez, compadre, no sea usted tan remilgoso! Aparte, no puede hacerme quedar mal,

porque todos los que presenciamos el discurso nos comprometimos a llevarles a nuestros conocidos para asegurar que ellos se queden como la autoridad de este pueblo. Sólo así conseguiremos un futuro más prometedor para nosotros y los nuestros.

¿Cómo va a creer que lo pueda yo engañar, compadre? Que no me bautizó usted a mi chamaco, el que lleva mi mismo nombre. ¡Qué muestra más grande que esa para que la confianza entre nosotros esté

bien recia! ¡De verdad, compadre, si hubiera estado usted ahí...! Habría visto cuando Rutilo, que lucía bien alborotado, le gritó a la señorita y al hombre trajeado que él ya sabía de lo que se trataba, y que siempre hacían lo mismo, que lo suyo eran sólo palabrerías, y que ya estando en sus oficinas puras habas nos iban a dar. Pero el trajeado ni se sintió, es más, invitó a Rutilo para que le hiciera segunda en la labor del apalabramiento, y puso su mano sobre su hombro para demostrarle su afecto. Así de

bien lo trató cuando lo invitó a subir al templete que montaron. Por cierto, ¡qué bonito arreglo le hicieron al armatoste aquel! Alrededor estaba lleno de adornos, todos en honor al pueblo, y le colocaron el nombre bien grandote: Las Flores, como mencionamos desde chamacos a nuestro meritito pueblo. Y ya arriba Rutilo se convenció porque el hombre hasta una credencial le dio. —Para que se sienta en confianza —, le expresó el hombre. ¡Y bien orgulloso Rutilo con su cosa aquella! Lo

malo es que ni siquiera sabe lo que dice, porque el muy atarantado nunca quiso alejarse de la ignorancia. ¡Cómo si uno no supiera! ¿Qué ya se le olvidó que somos de la misma edad? Sólo que su servidor sí conoció de menos algunas palabras. Por eso bien que entiendo lo de la credencial. Lo malo del asunto es que a mí no me quisieron dar una. Me dijeron que sólo llevándoles a mis conocidos me darían una representación como a Rutilo, para que con ella infundiera seguridad a la demás gente.

¡Hubiera ido, compadre, para que no tuviera yo que platicarle todo lo bueno del asunto! Pero luego se nota que es usted bien cerrado e ignorante, por eso siempre se niega a aceptar cualquier beneficio. ¿Qué no quiere que sus hijos vivan acompañados de la dignidad? Y no es que hable de más, pero yo sí quiero evitarles la angustia y la pobreza a mis chiquillos. ¡Y ya decidido voy a poner la crucecita sobre la hojita esa! Aunque le anticipo, luego no venga a decirme que le comparta, porque

nomás nos vamos a repartir los beneficios entre los que confiamos en esas gentes...



¡Ay, compadre, no se vaya usted a burlar, pero del progreso, ni sus luces, y del viejo canoso, menos! Por más que rondamos su oficina nomás no se le encuentra. Y la señorita se volvió bien alzada, y ya ni la palabra nos dirige. Hasta Rutilo que de discursos no sabe nada, ya anda todo cambiado; le sobra la envidia para insultarnos diciéndonos que no somos

iguales. Creo que ahora sí, compadre, le concedo la razón. Y de aquel asunto de la cerrazón y la ignorancia, no se vaya usted a creer.

Pero no se desanime, compadre, porque a pesar del viejo engreído, de la señorita vanidosa y de Rutilo que nos desconoció, las visitas a nuestro pueblo se han repetido una y otra vez. Y ya nos llegaron con sus ofrecimientos otras personas, de esas que son de bien vestir y de mejor conversar.

¡Póngase abusado, compadre, no vaya a ser la de malas y otra vez se pierda el discurso! Porque creo que ahora sí nos llegó la buena, y ahora será mejor cruzar la hojita a favor de los del PRD (Partido Regenerado en la Decencia).

¡Ya lo sabe, compadre, no se vaya a perder el mitin, porque si no, va a estar muy difícil contarle todo el progreso que esas gentes nos traen!

LA PENITENCIA

¡Ay, señor cura, que ahora sí, a mi alma nadie la salva! Segurito que ese canijo del *Luciferoso* ha de estar relamiéndose los bigotes, gustoso de que yo, por la pasión que se me encendió en el cuerpo, se la haya regalado. Por eso vengo a verlo, padrecito, porque a lo mejor si usted me pone una penitencia, de esas duras que pocas veces

se ven, salve a mi alma de las llamas de la condenación. Si hasta parece que ya siento el calor de “allá abajo” achicharrándome las entrañas.

Si no fuera porque Candelaria es una rejega... pasa siempre frente a mí, contoneándose como gallina fina... ¡Bien que lo sabe! ¡Ni modo que no se dé cuenta la muy ladina! Si hasta creo que lo hace adrede. Es su contoneo lo que me alborota de más. Ella lo sabe, por eso le gusta provocarme, y siempre me deja con el

cuerpo tembeleque, nomás pensando en sus caderas y en esas dos “cosotas” que trae prendidas al pecho.

Aunque usted debe saber que yo se lo pedí como hombre, le pedí que me dejara hacerle la ronda; se lo aseguro, padre, que quise hacerle el cortejo a la buena. También le dije que si ella me aceptaba nos pararíamos frente al altar para reafirmarle mis amores. Pero lo único que siempre recibí fueron puras vaciladas. Me dejaba echar para afuera todo el

montón de palabras que se me arremolinaban en el alma para luego, sin vergüenza alguna, doblarse de la puritita risa. Hasta me ardían las ideas por tener que soportar sus carcajadas.

Pero ya ni para arrepentirme, señor cura, porque bien que gocé de la compañía de Candelaria. Y aunque al principio se puso difícil, con tantita fuerza que le puse al asunto, y viéndome ella en la cara la ansiedad que me atosigaba, no le quedó más que ponerse flojita, y ya rendida, pues

que le doy rienda suelta al ímpetu de mi cuerpo.

¡Perdóneme, padrecito, pero ese goce ya nadie me lo quita! Su cuerpo morenito como tarde de diciembre, la suavidad de su piel que se asemeja a la tersura de las flores, su cadera que se movía parsimoniosa provocándome lo que usted ya sabe que distingue a los hombres. Ese es el goce que ya nadie me quita, padrecito.

¡Míreme las piernas, señor cura, están todas tembleques nomás de acordarme!

Pero ahora, padrecito, ¿qué hago con esta necesidad que no se amilana? Y todo por culpa de esa mujer. Por eso tengo que encontrar la forma de salvar a mi alma, de quitarle el enojo al condenado chamuco, por las ganas que me trae. Por eso, señor cura, se lo prometo a usted, que el castigo que me ponga lo cumpliré con toda la enjundia de la que soy capaz, pero no me

deje así, porque en las noches sudo a chorros del puritito miedo, pensando que se me vaya a aparecer “el innombrable”, y se quiera cobrar por adelantado. Además, como que oigo su voz por todos lados. Con decirle, señor cura, que me he tenido que gastar lo de mi jornada en puras velas, y el dinero nomás se me esfuma, compre y compre, porque las dejo prendidas todita la noche nomás para no dormirme a oscuras. No vaya a ser que el maloso se aproveche

y de las palabras pase al castigo, y de mí quede sólo el recuerdo.

¡Ah, pero qué bien la gocé con mi Candelaria! Le acaricié su cabello largo y oloroso a flores, con cuidadito lo revolvía entre mis manos para sentir su finura y después, con harto cariño, se lo desenredaba para que nadie se diera cuenta que yo le estaba haciendo una indecencia. Entérese, padrecito, que la esperaba afuera de la iglesia, después que ella había rezado junto a usted, pidiendo

por las almas de los pecadores. Segurito estoy que con esa voz de ángel “el de arriba” bien que la ha de escuchar. Y luego, ella salía a la calle sintiendo su corazón reconfortado, ni siquiera sospechaba que yo me atreviera a hacerle una mala pasada. Pero, pues sí, se la hice.

¡Se lo ruego, padrecito, le pido que se concentre y lo piense bien! Porque mi castigo tiene que ser el más duro que usted haya puesto a alguien. Además, quién mejor que su persona para saber lo que su

Señor necesita para otorgarme el perdón, porque seguro estoy que la comunicación entre usted y “el de arriba”, ha de estar bien recia; ha de ser como la mía con Juan, una plática de grandes amigos. Por eso se lo pido, señor cura, solicítele a su Creador la respuesta. Hágalo como servidor de su capilla que es usted. Pregúnteselo, padrecito, ¿qué debo hacer para que mi alma no se condene para toda la eternidad?

Y es que, señor cura, no he dejado de rondar a la susodicha, ya llevo un montón

de meses tras su sombra, y ella sigue poniéndose requetedifícil. Yo le hablo bonito para que me entienda, porque lo que me prende las entrañas es amor del bueno, de ese que damos los hombres de mi pueblo, porque así nos lo enseñan nuestros padres. Le he dicho que vayamos a conocer a mi parentela, para que empiece a sentirse como de la familia. Trato de convencerla con mis palabras para que no sienta miedo. Le he dicho que mis parientes la esperan con ansia, porque han

caído en cuenta que los dolores que me atosigan por dentro son por culpa de sus desaires.

Vergüenza me da contarle mi dilema, padrecito, porque imagino su cara de desagrado ahí adentro del confesionario. Seguro piensa que esto es pura palabrería o que de verdad se me metió la oscuridad en mis pensamientos. Pero no, lo que yo traigo adentro de mi cuerpo y que me quema las entrañas es asunto serio. Además, se necesita mucho

valor para confesarle lo que me enciende esta pasión... porque si usted sintiera lo que me provoca el recuerdo... si hasta creo que en vez de arrepentirme me dan ganas de hacerlo otra vez.

Si la viera usted, señor cura, sin prenda alguna que nos estorbe y a mi merced, segurito también se le calienta la sangre. Porque será usted un buen hijo del Señor, pero también es hombre. Y no creo que se aguante las ganas de darle una “pasadita” a una mujer que cuente con los

encantos que se carga mi Candelaria. Y si lo ofendo, padrecito, ¡pues cárguelo a la penitencia!

Si yo le contara más, señor cura, de sus brazos, sus piernas y esa parte que se le concedió a Candelaria, la que trae entre la suavidad de sus piernas, y que la hace mujer como ninguna. Seguro estoy que jamás se verá a nadie semejante en este pueblo rascuache. ¡De verdad, padrecito, con todos esos encantos cómo no iba yo a quedar prendido de esta mujer! Si quisiera

estar todo el día dale que dale al asunto de los cuerpos, dejando en ella todas las fuerzas de mi voluntad.

Aunque también debe saberlo, padrecito, que todos los días amanezco con la esperanza de que Candelaria me acepte por las buenas, para no seguir padeciendo por esta pasión que me atosiga.



¡Abstinencia, señor cura! ¡Pero cómo se le ocurre semejante disparate! Yo creo que usted no me ha entendido bien, lo que me

aturde las ideas es la pasión que me cargo por culpa de Candelaria.

Si quiere quémeme la espalda a garrotazos, como esos que le dio a Juan la vez que le confesó que se había metido con la hija de su pariente, y usted se molestó tanto que hasta se le hizo su cara como de demonio. Eso le pasó porque nos confesó que la muchacha ya se encaminaba para ser monja y Juan la desvió del camino. O si le parece mándeme de rodillas hasta el pueblo de Las Catarinas. Yo creo que tres

días de aquí hasta allá no es cualquier castigo, porque si su persona cree que yo aceptaré una penitencia tan desatinada, pues mejor que me quemé en el meritito infierno, pero a mi Candelaria yo la sigo gozando.

EL SECRETO

Hace un mes que enterramos a mi comadre Juliana. Nomás fuimos a sus rezos bien pocos. Su marido, el compadre Jaime, se la pasó todito ese día callado, ni siquiera lagrimeaba, estaba como ido, apenas si miraba a los escasos dolientes que llegaron para acompañarlo en la velada. ¿Y de los rezos? Sólo expresó uno bien raro. Yo creo

que ni está en los manuales de la religión. Me dijo que se lo pronunció su padre cuando le rezaron a su difunta abuela, la solitaria Asunción, como le decían todos en el pueblo. De seguro estaba así porque los recuerdos lo estaban atosigando. También creo que estaba así porque el sufrimiento lo había cobijado con su silencio; y el silencio se le atoró en la garganta y ya no se quiso salir de ahí.

Dagoberto, que nomás oyó que empezaron las oraciones, emprendió la

huida. Nadie le recrimina su proceder, porque sabemos que él, de los ruegos que acerquen a los difuntos al paraíso y de las almas sufrientes, no cree nada. Sólo usó algunas palabras entrecortadas para despedirse, alegando que él no le haría al asunto de la falsedad, y que no iba a darle gusto a las habladurías de las viejas santurronas que siempre le criticaban su desdén por los ruegos “al de arriba”. Pero nos prometió al compadre y a mí, que se iba a embriagar hasta que el aturdimiento

lo obligara a desahogarse pronunciando algunas palabras para la difunta que siempre lo trató con gentileza.

Las devotas de la Santísima Virgen de Guadalupe son un trío de viejas maliciosas. También son puro jarabe de pico. Lo digo porque siempre han aparentado con sus modos de mujeres respetuosas, pero bien que le dan gusto a las necesidades del cuerpo. Basta decir que ya ni me acuerdo del número de veces que las he visto rondando de noche la casa de

Ruperto. Y nomás se descuida uno tantito y todas alborotadas se le cuelan al susodicho. ¡Viejas ladinas! Se encierran con él las tres en su casa a darle gusto al cuerpo. Como el hombre le tiene sobresalto al matrimonio, se encarga de pasarla bien con las distracciones que le ofrecen estas mujeres; se aprovecha de que estas viejas santurronas son todas “quedadas”. Y así ni quién le reclame. ¡Y ellas bien hacendosas para calmarle sus ansias al solterón! Yo creo que a ninguno de los que viven en este

pueblo le falta la seguridad para afirmar lo que todos saben: las viejas hipócritas le echan montón a Ruperto para no quedarse ninguna con las ganas. Ellas también le rezaron a la fallecida. Creo que lo hicieron para disimular con los presentes, como siempre le hacen. Porque no está de más decirlo, luego de sus rezos, salieron apresuradas a hacerle la visita al solterón.

Un par de viejitos que no conozco, se sentaron enfrente del ataúd de Juliana. El compadre me dijo que eran parientes de

la difunta, y que habían venido de otro pueblo. De Las Flores, un pueblo que dicen se mira regocijante si algún atrevido se anima a andar la vereda durante tres días. De ahí merito vinieron. Era un matrimonio que ya había visto pasar una a una, hasta hacerse incontables, las primaveras haciéndose compañía. En sus cuerpos languidecidos se notaban de menos noventa años de andar trajinando por la vida, y en su mirada fatigosa podían notarse las sombras de otros tiempos; y

bajo esas sombras, los recuerdos de su vida, y las imágenes de otros lugares, de los cuales ninguno de los presentes teníamos consciencia. Según me expresó el compadre, eran los padrinos de bautizo de la comadre Juliana, que espero haya encontrado sosiego para su alma. La querían mucho, y a decir del compadre, ella los respetaba a la par. Como si fueran sus padres, así los respetaba. El matrimonio había cuidado de la comadre cuando era una chiquilla. Fue cuando sus

padres la abandonaron porque la muerte los llamó, y a ellos no les quedó más que encaminarse por sus rumbos. Le hicieron la comparsa, sin remedio, cortejados por su compañía. Ellos aguantaron toda la jornada con las plegarías, le ofrecieron palabras bien sentimentales a la comadre. Los presentes los miraban enternecidos. Hasta yo, que presumo de la fuerza de mi voluntad, los quise un poquito aquel día.

Digo que estábamos enternecidos porque yo tenía la garganta trabada por el

silencio y mis ojos a punto de lagrimear. Además, la piel se me puso toda flojita y el cuerpo lo tenía todo tembleque, porque las palabras de aquellos ancianos se me aparecían como susurros llenos de candidez. Recuerdo que al oírlos yo sentía en mis entrañas la angustia por saber que la soledad, otra vez, ya me estaba haciendo compañía. Además de la llegada de la soledad, me llegó también un miedo por saber que la muerte a nadie se la perdona y que a mí la edad ya me estaba mandando

un aviso. Desde entonces, por ese miedo que ya no se me separa, me asemejo a un niño buscando acurrucarse entre los brazos de su madre. Todo eso me pasó nomás de oírlos con su voz cansada de tantos años pidiendo “al de arriba” para que recibiera en su morada a la difunta. Yo creo que más de uno estaba sintiendo lo mismo que yo. Por eso digo lo del enternecimiento.

Yo me pasé toda la velada con la trabazón en la garganta. ¡Mejor así! Porque siempre he sido un necio para demostrar

mis dolores. Pero ni falta que hizo, porque a mi compadre nunca le han faltado las demostraciones de mi afecto... Él sabía que se me retorcían las entrañas al ver que a mi comadre la tierra ya le había hecho el llamado para cobijarla eternamente. Además, pues qué decir, si antes que fuera mi comadre, yo le hice la ronda a esta mujer. Hasta le rogué para que me hiciera caso, y le ofrecí casorio del bueno... pero la difuntita ni en cuenta conmigo. ¡Y luego para rematar, que se nos aparece el

compadre Jaime! ¡Ahí sí, ya ni qué hacer, luego que se conocieron se prometieron uno al otro para ese asunto del casorio! Yo se los respeté porque este hombre me la ganó a la buena.

El único consuelo que me quedó fue que ellos me hicieron su compadre. Pero no les bauticé a ningún retoño. Si bien que conozco su secreto, el vientre de la comadre estaba seco. ¡Y vaya que lo intentaron! Se la pasaban en la labor de los cuerpos con toda la fuerza de su juventud.

Pero después de que su vientre no quiso albergar a ningún retoño, y de que el tiempo se le arraigó a la comadre en el cuerpo negándole la fuerza para concebir a heredero alguno, el doctorcito les dijo a los cónyuges que ella ya no estaba para esas andadas. Y ya con la advertencia, se resignaron a ser felices nomás los dos.

Solo nosotros estuvimos aquella vez acompañando en su dolor a mi compadre. Para qué más, estábamos los necesarios.



Nos hicimos compadres porque ellos me bautizaron a mi mula, la Rejega. Le puse así porque la condenada nomás no se dejaba acariciar por otras manos. Así fue desde que era una criatura, y hasta que la alcanzó la muerte. Yo aprendí a quererla porque la soledad ya me estaba cobrando de más. La Rejega fue mi única compañía después de lo del desaire de la comadre Juliana. Valga decir que mi mula y yo nos acompañamos por encimita de los veinte años. Aunque ella también me dejó solo. Acepté como

única compañía a la soledad porque después de que la comadre Juliana me desairó, ya no quise juntarme con nadie más. Además, los años se me pasaron rapidito, la piel se me arrugó y ya ninguna mujer me miró con ganas de casorio. Me aguanté el paso de los años con la ilusión de que la susodicha algún día me mirara como lo hacía con el compadre Jaime. Pero eso nunca pasó.

Ellos me lo pidieron, y ni cómo negarme, nos hicimos compadres gracias a la Rejega.



A estas alturas, de la comadre ya sólo nos queda el recuerdo. A mí y al compadre Jaime. Segurito estoy que ella ya no siente nada, su presencia que tantos dilemas me propuso ya descansa para siempre... y su cuerpo que tanta agitación me provocó ya sirve de alimento para esta tierra que la vio nacer y la recibió luego de que su cuerpo se

agotó. Yo la quería bien. Por eso siempre la visitaba. Aprovechaba cuando el compadre andaba en la labor para hacerme de sus favores. Ella y su servidor la pasábamos sin mirar la hora, gozando de la compañía.

Aunque debo decirlo, ella estaba bien encandilada con el compadre, nunca le faltó amor por él. Sus pensamientos también eran todos para este hombre. Ni caso hacía de las galanterías de los desconocidos. ¡Y vaya que tenía sus

admiradores! Porque si algo distinguía a Juliana, era que siempre estuvo de buen ver.

A mí siempre me dijo que el compromiso del casorio le duraría lo mismo que sus años de vida. ¡Y vaya que lo cumplió la mujer! Porque no está de más decir que el cariño que le nació después del enamoramiento la motivó a desposarse cuando apenas disfrutaba de su juventud. Y digo que lo cumplió porque a la comadre Juliana la enterramos con más de cincuenta

años de andar provocándome el desasosiego.

Con la consigna que me lanzó Juliana no me quedó más que resignarme. Sólo me animaba la esperanza de que el compadre “se nos adelantara”, para hacerle, otra vez, la ronda a la viudita. A lo mejor, pasado su dolor, ahora sí la convencía y la hacía mi mujer. Pero fue al revés, la que se nos adelantó fue Juliana. Nos dejó solos, a los dos, al compadre y a mí, porque bien que respeté que el

compadre me la haya ganado a la buena, pero yo siempre pasaba a demostrarle mi cariño a la comadre. Lo hacía porque el calor que tenía entre mis entrañas nomás no se aquietaba. Pasaba porque le hacía el favor a la carne. Y ella, con todo el respeto que le tenía al compadre, se dejaba querer.

—Por los años andados—. Me decía. Además, si ella me consolaba era porque yo no era ningún desconocido.

Yo le comparto su dolor a mi compadre, y aunque sé que más de uno

dirá que soy un desgraciado, le tuve que hacer la malora a la soledad, porque conmigo ya se estaba encajando de más. Por eso fue que la comadre Juliana y yo nos decidimos por el asunto del secreto: y es que a la labor de hacerse de familia bien que les estuve ayudando. ¡Pero, pues ni modo, los chamacos no se nos lograron!

LA HERENCIA

El odio se nos encajó en los huesos y en las entrañas. Se nos metió hasta adentro echando sus raíces para luego crecer sin remedio. También se hizo cargo de los afectos, silenciándolos. Se hizo una cosa pesada que nos enturbió los pensamientos. Eso fue lo que pasó. Se encandiló el odio con nuestras personas y nos encendió la

rabia y el rencor. Y luego, ya nunca nos abandonó. Nos hizo compañía hasta que ya no pudimos alejarlo. Se aferró tanto a nosotros que más que pensar en echarlo de nuestras vidas tuvimos que aguantarle que ensanchara su lumbré quemándonos los afectos.

Con el paso del tiempo nos conformamos con su compañía. Con el odio entre las entrañas. Con eso nos conformamos.



Don Crescencio era el hacendado más adinerado de todo el rumbo. Desde que la memoria se me apareció recuerdo que le sobraba el capital para despilfarrarlo sin remordimiento. Lo mismo hacía alarde de la morralla que de los fajos reluciendo por lo colorido de los billetes. Además, lo extenso de sus tierras no le cabe a uno en la mirada por más que la alargue. Tampoco bastan un par de horas a trote sostenido para recorrer sus cultivos. Antes de

mirarles el fin, el jmelgo se pone rejego por el cansancio.

Asoman, apenas despuntando el día, en la distancia, los muros de piedra que mandó construir para delimitar su propiedad. Son de una amplitud como pocos, si no, cómo los divisa uno a semejante distancia. También atavió la entrada de la hacienda con dos trojes que ahorita se miran palidecidas por la canícula del temporal. Son la guía que siguen los visitantes para ir a la segura, porque las

trojes dan camino a la propiedad. Cimentó las trojes el hombre para que todos supiéramos que esta es su casa. También lo hizo para cerrarnos el paso. Le gustaba, durante el día, vernos a todos en la labor. Y en las noches le gustaba vernos metidos en los cuchitriles que nos había prestado para que nos arrejuntáramos con nuestros familiares.

Lo hizo también para evitarnos los malos pensamientos. Para que no pensáramos en la huida. Esos eran los

malos pensamientos que siempre quiso evitarnos el patrón.

Forman parte de las trojes delgadas piedras revestidas de grises y un filo que parece cortar el viento. Por estos rumbos no acostumbra uno a mirar de estas piedras. Lo sé porque he vivido aquí desde que era un chamaco. También lo sé porque durante mucho tiempo el patrón anduvo alardeando. A todos nos dijo que mandó a sus achichintles para que las trajeran de la capital. Lo hizo para darle a la hacienda un

toque de distinción. Así era don Crescencio, siempre haciendo alarde de la gracia con la que había nacido. Su capital, esa era su gracia.

Adentro de los muros que delimitan la propiedad, los animales arreciaban su bullicio porque el calor quemaba sus patas hasta hacernos pensar que lo que tenían ahí eran como rescoldos. Relinchaban sin descanso, nomás se detenían tantito cuando se les hinchaba la garganta y no les permitía echar más quejidos. Se quejaban

para que alguien se compadeciera. Pero el patrón nunca supo de esos menesteres. Lo recuerdo porque don Crescencio los miraba sin mostrarles ninguna compasión. Nosotros también los mirábamos callados, lastimándonos la mirada con su sufrimiento.



Nosotros nos contamos por encima del millar. Y no está de más decir que siempre hemos estado al servicio del patrón. Lo hacemos desde escuincles porque nacemos

con la marca del compromiso. Igual que nuestros parientes grandes les sirvieron a los progenitores de don Crescencio, nosotros nacimos destinados a lo mismo con su persona. Por eso miramos con los días que se acaban sin remedio, pasar las horas hasta que la vehemencia del clima nos hace olvidar su nombre. Todos por igual trabajamos hasta que la espalda nos arde por la quemazón que provoca el sol de mediodía. Digo que somos por encima del millar porque, aunque algunos se han ido

muriendo sin remedio, siempre ve la luz un nuevo retoño. Y porque parecemos un hormiguero, vamos y venimos siempre atareados con la labor.

Aun con el asunto de la quemazón en la espalda, aquí no puede uno darse el lujo de descansar, porque el acaudalado hombre tenía por costumbre azotarnos con el fuelle de tiras, ese que usaba cuando corría sobre su caballo pinto los domingos de apuesta.

Todos en este lugar lo sabemos, con semejante tarea no podíamos pensar en relajarnos. Lo único que nos quedaba era esperar a que la noche se abalanzara sobre este lugar para sentir un poco de alivio en nuestros cuerpos. Era cuando el patrón se olvidaba un poquito de nosotros, porque lo único que quería al llegar la noche era estar con su hija. Siempre ha sido su único querer, porque su mujer se le murió apenas parió a la niña.

Pero nomás era un ratito lo que el consuelo nos acompañaba, porque el patrón no se esperaba a que despuntara el día, desde antes que el sol alumbrara, todavía con las sombras sirviéndonos de cobijo, ya estaba exigiéndonos para que le siguiéramos a la labor. Por eso nos había prestado los cuchitriles, para tenernos a la vista. Y para que la marca del compromiso no se nos olvidara. También así era don Crescencio, siempre aprovechando la

oportunidad para hacernos sentir su autoridad.

Yo creo que este compromiso que nos dejaron nuestros viejos es una mala herencia, si no, cómo es que el patrón dispuso de nosotros apenas siendo unos escuincles.

Aquí se vive a manera de condenados, a nadie se le considera, ni a chamacos ni a viejos ni a mujeres. Lo digo porque del regodeo de ser chamaco, por más que lo intento, nomás no me acuerdo.



Del patrón conservo la marca del abuso. Adrede hizo “aquello” porque siempre fue un encajoso y porque quería demostrarles a los demás quién era el mandamás. Recuerdo lo del abuso porque todavía resuena la fuetiza que me propinó cuando quise ayudar a mi chamaco, el mayorcito que tengo, la sed que lo atosigaba le secaba el cuerpo sin dilación. Yo dejé la labor para ofrecerle agua del pozo que se encuentra justo en medio del enorme patio, y el

patrón me atascó de golpes hasta que su frente chorreada de sudor le tapó la vista y sus brazos fatigados ya no pudieron levantarse más.

En mi espalda quedaron para siempre las marcas del sol y las de la fuetiza que don Crescencio me propinó. ¿Y después? El miedo se me ensanchó en el cuerpo porque me agarró una temblorina que ya nunca me abandonó.

Apenas si pude remojarle los labios al crío para evitarle el abrazo que la muerte le proponía.

Desde que don Crescencio me dio la fuetiza se nos arreció el miedo que todos le teníamos; eso pasó porque les pegué la temblorina a los de la hacienda, lo digo porque ni siquiera levantábamos el rostro cuando él estaba cerca; siempre andábamos con el semblante encogido y hablábamos bien quedito cuando necesitábamos comentar algún asunto.

Además, a don Crescencio le gustaba provocarnos el desasosiego, nos encajaba con su presencia, en la boca, el silencio. Lo hacía para que su voz retumbara más. Por eso se paseaba siempre encorajinado entre nosotros vociferando por nuestra pobreza.

—¡Indios malditos! Si no fuera por mí ya se hubieran muerto de hambre —. Gritaba para que todos tembláramos. Y ni hablar, temblábamos.

Sólo malos pensamientos me endilgó el patrón.



¡Dicen que yo me lo ajusticié, pero eso no es cierto; yo hice gestos para que me dejaran hablar, ¡pero no se pudo! Clarito me mostraron que mis palabras, aunque inocentes, son las de un hombre ignorante y jodido, y que no valen ante las injusticias de los allegados del patrón. Siempre ha sido así, de esa parentela nomás he recibido el patrocinio del abuso.

Si dejaran salir las palabras de mi boca yo les daría los detalles del asunto.

Así tal vez entenderían que lo que llevó al patrón a la desgracia fue su descuido y tamaña borrachera que se metió y que él, siempre con el orgullo por delante, no dejó que lo tocara un indio mugroso como su servidor.

Por más que hago el intento por decirles que lo único que vi fue cuando el patrón se perdió entre la oscuridad, nomás no me dejan, su ofuscación no se los permite, por eso no paran de tundirme.

Se cobijó con la oscuridad, quise decirles, caminó a tientas agarrándose de las hebras de viento que acompañaban a la noche. Caminó hasta que su cuerpo ya no pudo distinguirse. Pero como no quieren oírme me callaron dándome de patadas en la cara. No pararon hasta tumbarme los dientes, y ya con la sangre chorreando y el dolor picándome en todo el cuerpo por la aporreada que no para, mejor me quedo quieto.



Yo le agarré tirria al patrón desde hace mucho, desde antes de la fuetiza. Me lastimaba ver a mi mujer con las enaguas maltratadas, y a mis hijos con los huesos marcados en sus costados. Pero más lo odié cuando le pedí que me ayudara a llevar al pueblo a mi chamaco, el menor de los tres, para que lo atendieran. También a él se le calentó el cuerpo, parecía que le habían metido lumbre, sudaba llorando, sus lamentos me partían las fuerzas; quería

morirme nomás para evitarme sus gritos de dolor.

—¡Hágame el favor, patroncito, yo le pago hasta el último centavo que se gaste, pero no me deje morir a mi chamaco! ¡Hágalo por la memoria de su santa madre o por el recuerdo de su difunta esposa o por la santísima virgen a la que usted se encomienda o por la niña de sus entrañas! —. Le supliqué aquella vez desde el alma. Pero mis palabras no sirvieron para despertar la compasión del patrón.

— ¡Indio mal parido! ¿Con qué vas a pagarme?, si apenas tienes para darle de tragar a los tuyos. Agradecido deberías estar... porque bastante hago manteniendo a tus parientes —. Me dijo don Crescencio y en sus ojos le miré un gozo enorme.

Yo le empecé mi palabra de hombre a don Crescencio. Se lo dije, que de ahí para adelante solo una cosa haría. Pagarle con mi vida. Eso haría. Pero él no se compadeció.

El patrón siempre fue un tipo con la crueldad brotándole por los poros. Por eso no me hizo caso. Solo me regaló la malicia de su mirada. De este asunto nació mi encono por su persona, porque no le costaba nada prestarme unos pesos para salvar a mi muchacho. Fue cuando el miedo empezó a alejarse de mí y nació, en cambio, el odio que se me encajó en los huesos.

Aquella vez que el patrón no quiso prestarme para la enfermedad de mi

chamaco, me volví para mi casa todo desconsolado y me encontré a mi mujer como ida. Entre sus brazos mi hijo ya no se quejaba, las fuerzas de su cuerpo ya no le alcanzaban ni para eso... Tuvimos que enterrarlo envuelto en un petate viejo a la orilla del cerro, junto a los pirules. Lo hicimos así para que la sombra de los árboles le evitara la quemazón del sol. Porque por eso se nos murió, por la quemazón que el sol le impuso a su cuerpo hasta dejarlo seco.

Hubiera querido darle algo digno al crío, pero don Crescencio ni para eso me quiso prestar. Y apenas lo enterramos nos volvimos a la faena, no fuera la de malas y el patrón vuelve a hacer de las suyas... y luego con qué le damos de comer a los otros dos que nos quedan, uno como sea se aguanta, pero ellos... de por sí, el patrón apenas nos provee tortillas remojadas en agüita de frijoles, porque pensar en otra cosa, por aquí no se da.

Con el dolor atosigándome las entrañas por la ausencia de mi chamaco, seguí cumpliendo con el compromiso que nos habían dejado nuestros padres. Crecí los puercos del patrón. Esa era mi labor. Creí que algunos de ellos no se lograrían, porque a veces se quedaban sin tragar. Era cuando teníamos que soportar su descontento, sus lamentos nos lastimaban como si fueran agujas pinchándonos los sentidos. No nos dejaban dormir porque me solicitaban para que les calmara su

hambre. Yo creo que no les sobraba la exigencia para quejarse. Aguantaron todas las privaciones que les cargué, igual que nosotros aguantamos lo encajoso que era el patrón. De las privaciones que sufrieron los marranos el patrón nunca se enteró.

A la par que crecía a los animalitos le hice una promesa a mis hijos, los dos que me quedan. Les prometí que si el hambre o el ardor de su cuerpo no me los arrebatara primero, yo les evitaría el compromiso que nos habían encandilado nuestros parientes,

que de esa mala herencia les evitaría el desasosiego. Eso les prometí.

De la promesa que le hice a mis hijos ya se cuentan algunos años. A tales alturas, el sufrimiento que padecíamos por la carencia que nos apretaba las tripas progresaba. ¿Y de la quemazón del sol? ¡Ni qué decir! Se ensanchaba lo mismo que la manía del patrón por castigar nuestras personas. Lo único que aplacaba su goce por vernos padecer era el afecto que sentía por su hija. Se había encandilado con ella

desde que la muerte hizo de las suyas con su mujer. También sus parientes grandes se le adelantaron, por eso se consolaba con la compañía de la niña, porque la soledad se le había arrejuntado muy deprisa.

De la soledad que se le había arrejuntado al patrón ya se contaban muchos años.



La chamaca es la viva manifestación de su padre; le sigue los pasos en el asunto del abuso. ¡Qué lejos está de aquella criatura

inocente a la que todos atendíamos cuando era chiquilla! Muchos aún la recuerdan semejante a una aparición, aseguran que era lo más parecido a una virgen. A mí ese recuerdo ya no me llega a la memoria.

Dicen también que su pelo brillaba emparentándose con el sol que nos ha dejado tantas marcas en la espalda; que de su fina piel brotaba un brillo semejante al de una luciérnaga a medianoche y que relumbraba su persona entre la bola de

indios quemados que siempre hemos servido a su padre. Eso dicen los de aquí.

Pero eso era cuando estaba chiquilla, porque desde que se acercó a la edad en que la celebrarían por ser ya, una señorita, solo con malos gestos se dirige a nosotros. También tiene como costumbre restregarnos en la cara su mano. A más de uno nos quietó nomás para mostrarnos quién es la hija del mandamás.

Conforme el entendimiento le llegó a la niña, se le ensanchó a la par el orgullo.

Porque no sólo abusa de los mayores, le gusta hacer de las suyas con todas las criaturas de la hacienda. Humilla a todos sin distinción, lo hace porque eso le enseñó el patrón. Y por puro gusto. Por eso lo hace.

Todavía recuerdo que a mi crío, el menor que me queda, me lo hizo llorar jugando con su hambre, le pasaba por su nariz la comida, y él nomás se agarraba su estómago relamiéndose los labios por el antojo. Fueron estos malos actos los que me despertaron la tirria por su persona. Y si de

algo estoy seguro, es de que la niña me la comparte.

Por eso yo ya no recuerdo que de chiquilla era como una aparición, porque con sus malas costumbres lo único que siempre hemos tenido son puras desavenencias.



Segurito que el patrón, desde hace mucho, ya traía la idea revoloteándole en la cabeza. Armó “la grande” con los hombres de la guitarra y el sombrero. La tragazón que les

ofreció a todos sus amigos adinerados hubiera alcanzado para que todos los que aguantamos su maltrato no sufriéramos hambre por lo menos en lo que corría un mes. ¡Y del aguamiel que degustaron, de menos vaciaron cincuenta tinajas! A nosotros nos mandó a servirles. La saliva se nos hacía agua de ver tanta comida, pero se daban vuelo en la tragadera sin tomarnos en cuenta. Don Crescencio no consintió que probáramos ni una pizca de aquella

comida. Antes que compartirla con nosotros, seguro estoy, prefería tirarla.

Todita la semana duró el borlote.

Para entonces, en el rostro de su hija ya señorita, los últimos rasgos de aquella mirada tierna desaparecieron. Fue la ocasión para que el remordimiento que yo sentía se desvaneciera. Parecía que el viento suave de la noche lo arrastraba mansamente, lo alejaba a cada suspiro que me atosigaba el pecho. También fue la ocasión para que yo sacara todo “aquello”

que se me atoraba en las entrañas provocándome el desconsuelo. Este asunto ya lo traía con el patrón desde hace mucho, el resentimiento creció en mí hasta hacerse inoportuno. Trataba de disimularlo, pero en mi cara representaba una marca muy fea, hasta mis parientes me lo decían:

—¡Mírate, parece que tu cara es la del mismísimo demonio! —. Yo ni les contestaba, me la pasaba atento, con el rabillo del ojo encendido por el retoño del

patrón. Si él la quería tanto más le iba a doler cuando le llegara su hora.



Yo me salía en las noches cuando todos dormían muertos por la faena. Me acomedía para llevarle de tragar a los marranos, pero en el camino tiraba lo que les tocaba, por eso a veces no nos dejaban dormir, porque me pedían que matara su hambre. Siempre tenía cuidado, porque ya me habían agarrado coraje, y en una de tantas visitas que les daba se la podían

cobrar desquitándose por el maltrato. Y aunque me avergüenza decirlo también aprovechaba la oscuridad para pegarles de forma grosera. Les daba donde más les dolía, en sus partes... Eso del castigo fue lo único que me enseñó mi padre:

—Si quieres que se encabriten, dales con todas tus fuerzas aquí —. Me decía mientras me señalaba las dos enormes bolas de los machos. Así me lo enseñó, así lo hice. Los animales nomás se fruncían por el castigo. De seguro mi papá me enseñó a

embravecerlos porque sabía que se me ofrecería.

Por eso me acomodía a tales horas para alimentar y molestar a los animales, porque quería verlos frondosos y encrespados para “mi asunto”.



A nadie se lo he dicho, pero conforme las horas avanzaron tuve que armarme de mucha paciencia. Esperaba que los invitados y el patrón se descuidaran para darle el jalón a la niña. Me armé de

paciencia porque la desesperación quería hacerme una mala pasada, todo porque ya era la última noche del argüende, si no me atrevía a sacar esta “cosa” que traía adentro se me iba a quedar hasta hacérseme una carga más pesada que cualquier labor. El dolor y la vergüenza de saber que nunca tuve el valor para cobrarme lo de mi chiquillo. Esa sería la carga.

Tuve que amagar mi desesperación porque quería servirme de la niña para el desquite.

El “asunto” que tenía clavado en la conciencia arreciaba, por eso quería llevarme a la niña adonde los animalitos esperaban ansiosos su alimento. Pero el patrón nunca se le separó, la mostraba orgulloso mientras su pocillo se llenaba una y otra vez del aguamiel que no quiso convidarnos.

Lo dilatado del argüende demoraba el momento, las ganas que tenía por verlo sufrir arreciaban hasta provocarme un

dolor extraño en los pensamientos; me avivaban un raro mareo.

Todo aconteció cuando la noche me disipó la cordura y me oscureció la voluntad. Algo dentro de mí me empujaba a darle salida al “asunto”. Lo hice porque el patrón me dejó morir a mi chiquillo. Y para que ya no se ensañara conmigo ni con mis parientes. También por eso lo hice.

Con el cuerpo molido por tanta espera miré cuando el patrón salió al patio. Ya casi amanecía, hizo sus cochinadas

delante de mí, dejé que vaciara todo el aguamiel que se había metido. Entonces decidido me le abalancé sorrajando un golpe en su cabeza con la pala que uso para mis faenas. Vi caer su cuerpo, frágil como una rama. Lo miré durante largo rato, quería que sufriera, por eso me esperé tantos años, para que se encariñara más con la niña.

Hubiera querido que fuera de otra manera, porque si me lo llevaba a él, no vería lo que le había preparado a su retoño.

Al fin, decidido y con el resentimiento por delante lo cargué y me lo llevé a que conociera a los marranitos.

Eso fue lo que pasó cuando se terminó la última noche del argüende.

El resto de la madrugada dormimos todos muy tranquilos, los animales no nos molestaron ni una sola vez.



Hoy nos despertamos todos asustados oyendo un amontonadero de gritos pronunciando mi nombre. También

porque sonaron algunos disparos. Por eso nos despertamos todos acalambrados.

La hija del patrón grita acusándome. Por eso sus empleados me tumbaron los dientes, porque ella se los pidió. Me tunden sin descanso los sirvientes de la niña porque quieren evitarle lo agrio del acontecimiento, y porque miran el regodeo bulléndome en la cara.

Ahorita la niña es la viva imagen del desconsuelo. El dolor se le marca en la cara

desfigurándosela, parece que le hubieran puesto sobre ella un cuchillo ardiente.

Yo trato de defenderme con el embuste que traigo ensayado, las palabras se me amontonan intentando darle una explicación a la niña. Pero es mi cara la que me delata. Aunque quiero mostrar serenidad, el gozo no me deja. El embuste es mi defensa, pero los gestos de satisfacción en mi rostro me delatan sin remedio.

El gozo en mi cara me delata porque al mirar hacia el corral no puedo evitar la sonrisa extraña que se me abalanza en la boca. Me delata la gozosa malicia que siento.

Los gritos de la niña no paran, ya mejor le confirmo con la cabeza; asiento y el gozo termina por extenderse, ya sin remedio, en toda mi cara. Y es que todavía se puede distinguir el cuerpo del patrón entre el hocico lleno de sangre de los animalitos muertos.



La mañana alumbra este lugar con un candor que no había visto antes... En mi alma se alberga el sosiego que me concede el desagravio. Es como si el rencor que traía encajado quemándome las entrañas se apagara de pronto.

Los achichintles de la niña, que no se conforman con mirar mis dientes en el suelo, se dan vuelo moliendo mi cuerpo con la fuerza que da el abuso; se sirven del escarmiento hasta dejarme sin resuello.

Aun así, mi mirada que no muestra ni pizca de remordimiento, se encarece tiernamente contemplando a mis chamacos y a mi mujer.

Ellos lo saben... porque yo se los prometí, por eso lo saben... me miran y lo saben... y porque mi mirada se los dice... por eso lo saben. Saben que, de aquí en adelante, del abuso del patrón, de la encajosa de la niña (que de segurito se muere por la tristeza), de la negra herencia

que nos dejaron nuestros parientes, ya se pueden ir olvidando.

AL OTRO LADO

—¡Ándale, Jacinto!, ¡aviva el paso que ya merito llegamos! ¡No te dejes vencer! Recuerda que lo único que tenemos para cumplir este cometido es nuestra voluntad. Y las ganas de salir de la pobreza. También eso tenemos. Además, acuérdate que de aquel lado está el progreso. Llegando allá segurito encontramos trabajo y luegoito les

mandamos su dinerito a nuestras mujeres, para que les llenen el estómago a los chamacos con comida de la buena, qué bien que se lo merecen. Acuérdate de que el sufrimiento les está entumiendo las ganas de vivir. Si no les cumplimos... que va a ser de ellos. Por eso no le permitas al cansancio que te acalambre el ánimo. O qué, ¿no quieres que los tuyos se alejen del desconsuelo que se ha aferrado entre sus huesos y que no les da descanso alguno? Si nos regresamos para el pueblo, nos

morimos todos de hambre. Las tierras están tan secas como este desierto. Eso lo sabemos porque ya ninguna semilla se da. Desde que las lluvias se olvidaron de nuestra tierra, sólo tenemos sobre ella polvo de más. Y las ganas por mirar crecer alguna plantita... nomás eso tenemos. Por eso te lo digo, Jacinto, resiste...

—¡Híjole, Juan, de haber sabido que íbamos a pasar por estas penurias mejor me quedo junto a los míos! Mira mis pies,

todos quemados por este suelo que arde como si fuera el del mismísimo infierno. ¿Y mi espalda? La traigo toda pellejada por la quemazón del sol. Aparte, el estómago lo traigo todo engarrotado por la sed que me viene atosigando desde hace mucho, si no conseguimos agua nos vamos a quedar bien tiesos. Y lo más seguro es que ya no demos con los otros, ¿verdad, Juan? Ya son muchos días los que nos separan de ellos. ¿Cómo fuimos a perdernos? Ahora sí que estamos bien amolados...

—No te aflijas, Jacinto, ya verás que dentro de poco encontramos una vereda que nos lleve a algún poblado. Y luego allí, nos dedicamos a conseguir en qué emplearnos. Acuérdate que los que se quedaron dependen de nosotros. ¡Ni cómo fallarles! Aunque yo también estoy un poco apurado, acuérdate que mi mujer se quedó con la panza a punto de reventarle. ¿Cómo le va a hacer con el chamaco ahora que nazca? Si no tiene ni para pagarle a la partera. En mi cabeza los pensamientos me

revolotean oscureciéndose, y todo porque ese asunto me causa mucha pena.

¡Óyeme bien, Jacinto!, porque si este asunto de mis apuraciones te parece poco, ¡deberías probar lo que me atosiga el cuerpo! Te digo esto porque desde hace ayer traigo un dolorcito aquí, arribita de las costillas, en el meritito pecho, y eso me está haciendo más difícil el camino...

—¡Si no estuviéramos tan jodidos...! ¡Pero, pues ni modo... nos tocó vivir en la puritita

desgracia! Pero eso sí, Juan, en cuanto tengamos las bolsas hinchadas de billetes, nos volvemos para nuestra tierra, y entre los dos le aventamos en la meritita jeta un montón a esos que se dicen la autoridad. Para que vean que de ellos ni la caridad necesitamos. ¡Desgraciados! Bien que se dan la gran vida. Nomás basta mirar al desconsiderado de Inocencio, porque desde que se le arrimó con sus zalameras a los del ayuntamiento y aquellos engreídos lo favorecieron con la representación de la

autoridad, se la pasa presumiéndole a todo el pueblo; despilfarra lo que no es suyo para que todos veamos que él sí las puede. ¿Y sus escuincles y su mujer!? Todo el tiempo con trapos nuevos y gozándola con la comida. Pero que tal cuando le pedimos trabajo, nomás nos miró y soltó las carcajadas el muy desdichado.

—Ni me lo recuerdes, que a mí también me la debe el muy jijo de la... Pero ya le

ajustaremos cuentas cuando nos llegue la nuestra.

¡Mira, Jacinto!, creo que allá estoy mirando un poblado, ¡segurito que ya estamos cerca! ¿Ves? Te lo dije, el asunto es no desmoralizarse. Nomás debemos apresurar el paso para llegar ahí donde el asunto del sufrimiento será cosa del olvido.

¿Ya miras el poblado, Jacinto? Segurito que ya estamos cerca. Ya quisiera que nos acabáramos la distancia que nos queda, porque ya tengo ganas de entrarle a

la tragazón, y ya encarrilado a llenarme la panza con la humedad del aguamiel.

¡Me duele, Jacinto! ¡Me duele...!

—¡Ahora sí que estás bien atarantado, Juan, ya hasta tienes visiones, porque yo no miro nada! Lo que sí te digo es que los pies se me doblan de cansancio y las tripas me arden por el hambre y la sed. Si no nos apuramos, ¡quién sabe si la contemos! Además, parece que ni avanzamos, todo lo veo igual desde que nos separamos de los

otros, pura tierra y calor nos rodean. ¡Y mira nuestra piel, toda requemada por culpa de este canijo sol que no nos tiene ni tantita compasión!

¿Qué te pasa, Juan? Si te digo lo que me angustia no es para que me regales el rencor de tu mirada. No me merezco tu resentimiento, más bien deberías procurarme dispensa por mis palabras, si estamos igual de amolados... Además, no está de sobra recordarte que aunque no somos de la misma sangre, si hay algo que

nos animó a venir a este sufrimiento fue saber que uno no dejaría en el desconsuelo al otro. Recuerda que, aunque no me parió tu madre, los dos consentimos desde chamacos en aparejarnos en este asunto del parentesco. Nomás eso te pido que recuerdes.

¿Y tú crees, Juan, que los gringos nos quieran emplear? Acuérdate que antes de salir del pueblo, más de uno nos dijo que los güeros son requetemaloras. Amén que nos sonría la suerte y nos toque uno de los

buenos, para que no tengamos que padecer también con sus desprecios.

¡Híjole, Juan, creo que de ese asunto de mirar algún poblado nomás nos queda la esperanza! Lo digo porque lo único que me llena la mirada desde hace días es lo huraño de la polvareda, y por más que intento arañar con mis ojos alguna imagen en la distancia, no distingo lo que tú dices. Pura opacidad chillante es lo que se me amontona en los ojos. Además, cuando a la polvareda se le ocurre descansar tantito,

siento en el cuerpo una cosa semejante a un hormiguero. Siento como su ajetreo enciende la canícula y me ahoga la piel. ¿Y de oír? Nomás oigo el alborotadero del sufrimiento que me apaga el ánimo y me sofoca las fuerzas. Y en mi boca ya sólo anida el sabor de la angustia.

Y de tu dolor, Juan, ¡aguántate, porque ahora ya no es tiempo para rajarnos! Aguántate porque nomás de oír tus quejas las ganas de volverme al terruño se me arrecian. Si tú supieras, Juan... ¡que

las ganas de estar con mi mujer se me han arreciado junto con el miedo que no me deja tranquila la voluntad! Ella me quiere reteharto. Además, fue la que más se angustió cuando le dije que me encaminaría para “el otro lado”. Lloró muy acongojada, y sus ruegos me picaban la conciencia y por poquito me arrepiento. ¿Y mis hijos? Lo mismo. Te lo digo porque, aunque ya tienen edad para entender que esto lo hago para separarlos de la pobreza, también se les quedó el alma tiesa cuando

me vieron andar sobre el camino. Todos son mi sangre. Si nomás por no verlos siento que me falta un pedazo de mi alma y el cuerpo lo traigo todo tembleque por el miedo a dejarlos con la tristeza apretándolos todo el tiempo, y la garganta se me achicopala como anunciándome que mis ojos quieren aguar...

¡Creo que ya miro el poblado! ¡Juan!
¡Juan...! No te achicopales, ya estamos cerquita.

Juan, ¿por qué me miras así? ¡Parece que tienes el demonio adentro! ¡Juan, deja las ocurrencias para otra ocasión! ¡Juan...!

EL ACOMEDIDO

¡Otra vez este condenado temblor en mis manos! ¡Maldita sea! De haber sabido que “esto” se me encandilaría en las entrañas y me haría de necia compañía mejor ni le ayudo a mi compadre Epigmenio. ¡Pero quién me manda a hacerle al acomedido! Ni siquiera le pregunté de qué se trataba el asunto que le atosigaba el pecho, y cuando

apenas las palabras querían aparecer en su boca, yo, ¡taradote!, me ofusqué y le dije que sí. Él ya ni me insistió para que le ayudara. Asentí antes que pasáramos a los ruegos.

Aunque debo reconocerlo, ayudé a mi compadre porque si algo lo distinguió de la bola de envidiosos de este lugar fue lo reata que siempre se portó conmigo. Nomás había que contar todas las veces que me sacó de mis apuros: que si la vez que embaracé a la hija de doña Lorenza, y

la señora fue de quejumbrosa con su marido, que ni tardo ni perezoso quería hacerme la malora con el machete que usa para la labor. Quería enfierrarme el viejo condenado. Y mi compadre Epigmenio lo convenció para que me perdonara. Le bajó el calor a sus pensamientos dándole unas vaquitas para que se hiciera de un patrimonio y para que tuviera con que alimentar a su parentela. Y como están bien jodidos, gustoso las aceptó el viejo. O cuando tuve la ocurrencia de hacerle la

ronda a sor Purísima. Ella es la monja más madurita de la Sagrada Congregación. Fue cuando el padrecito quería excomulgarme. Aunque no está de más decir que yo nunca he sabido lo que es la devoción por sus santitos. Aun así, el cura me echaba sus imprecaciones como si fuera yo el mismísimo demonio. Yo le dije que sus sermones a mí ni en cuenta... De cualquier forma, el ensotanado quería que me quemara en el meritito infierno. Lo digo porque el padrecito siempre ha tenido las

costumbres de un inquisidor. Nomás había que verlo echando pestes por la boca. Vociferaba olvidándose de sus plegarias. Les dijo a todos los del pueblo que yo era un enviado de Satanás y que en mi alma gobernaba el susodicho y me hacía pervertir a la monjita. Que, por cierto, siempre ha estado de muy buen ver.

Lo que la monjita no le dijo al cura es que la labor del hábito se la había impuesto su papá, que siempre ha sido un mojigato. Tampoco le dijo que la

concupiscencia de su cuerpo le venía de forma natural. Lo digo porque acá entre nos, la ronda que le hice sí tuvo sus frutos. Disfrutamos de los cuerpos como si en ello nos fuera la vida.

De la mamá de la monjita nomás puedo decir que en todo asentía ante los gustos de su marido. Lo puritano les vino a los parientes de la monjita porque el curita es bien encajoso con los habitantes de este pueblo, abusa de su imaginación imponiéndoles pesadas cadenas en sus

pensamientos. Nomás que antes que se cumpliera el deseo del padrecito para que yo me fuera al infierno, mi compadre Epigmenio le prometió que le apadrinaría la fiesta de su santito, y le aseguró que de menos el alboroto les llegaría a los poblados cercanos. Además, le prometió que le remodelaría su iglesia para que recibiera con distinción a sus autoridades. Y el padrecito, olvidándose de mi castigo, aceptó la oferta. Es más, le dijo a mi compadre Epigmenio que rogaría por la

salvación de mi alma. ¡Vaya con la santurronería del padrecito!

Lo que sí estuvo feo fue cuando por andar de alebrestado y con unos tragos encima le solté un plomazo al hijo del presidente municipal. Ahí sí estuvo más canijo el asunto. Nomás hay que recordar que todos los uniformados me buscaban para darme una buena calentada, y luego iban a llevarme ante el presidente municipal a que me rematara. Me lo dijo Eustaquio. Él es gendarme desde hace

mucho tiempo y bien que oyó cuando el jefe de todos ellos les dijo que no me fueran a matar, que ese gozo lo quería el presidente municipal. ¡Y otra vez mi compadre Epigmenio! Le negoció al mero mero diciéndole que me diera otra oportunidad, que yo estaba bien arrepentido y que para que la muina se le bajara, le haría un regalito a él y a su retoño. ¡Y que le entrega la mitad de sus tierras al hijo del mandamás! Que por suerte se había salvado porque la bala no le

desbarató ninguna tripa. Y al otro, al presidente municipal, le regaló un montón de cajas de alcohol del bueno. Dicen las malas lenguas que se lo trajeron desde bien lejos, dizque de la capital. Yo sí lo creo porque mi compadre siempre tuvo como tarea hacerse de algunos ahorritos. Además, sabía gastarse sus centavos siempre que estuviera de por medio el afecto. ¡Qué me lo digan a mí! Basta hacerle un ratito a las cuentas para confirmar con cuánto me favoreció ese hombre.

¡Ese mero era mi compadre Epigmenio! ¡Siempre atento conmigo...! Y yo puros problemas le provoqué. Por eso no pude negarme cuando me pidió el “favorcito”.



A mi compadre Epigmenio le menguaron las ganas de vivir cuando se le murió su mujer. La muerte la llamó muy pronto. Y ella, con el cuerpo abrumado por las dolencias que le provocaron sus huesos enfermizos, no pudo negarse a su

compañía. La mujer de mi compadre apenas contaba por encima de los cuarenta. Pero con todo y su juventud, la muerte no se la perdonó. Ella tenía la juventud en el ánimo, pero sus huesos se le envejecieron muy pronto. Por eso se murió.

Y más se desmoralizó mi compadre cuando su único hijo se le desvaneció entre la enfermedad que le heredó su madre. A él también se le enfermaron, sin remedio, uno a uno los huesos del cuerpo. Apenas habían pasado algunos meses de la muerte

de su mujer y el hijo también sumió al hombre en el luto. Mi compadre no pudo hacer nada por ninguno de los dos. Nomás le quedó resignarse viéndolos desmoronarse como si de arena fueran sus cuerpos. Desde que la muerte acurrucó entre sus brazos a los parientes de mi compadre ya se cumplieron quince años.

Pobre de mi compadre... ha tenido que aguantar que la muerte se encaje con él. Esa pobre disoluta que a nadie respeta lo ha distinguido de más, por eso lo castiga

arrebatándole a los suyos. Lo hace nomás para demostrarle que ella tiene por encargo ser maliciosa. Aunque yo creo que lo libertina le viene porque es un alma desvaída que busca y busca amparo entre la gente buena.



El compadre y yo nos conocimos cuando todavía éramos unos chamacos, por eso sé bien del sufrimiento que le hostigó el alma. Y de sus duelos... y de cuando la soledad se le arrimó y ya nunca

quiso separarse de él... De todo eso yo sé bien. Por ese sufrimiento la voluntad de mi compadre se le derrengó. Pero ese sufrimiento nos acercó aún más y la amistad entre nosotros arreció. Lo del compadrazgo es por puro afecto. La verdad es que la amistad siempre ha sido para nosotros una vereda para caminar juntos.

Desde que se les apareció la muerte a sus parientes, mi compadre vivió, para siempre, humillado por el desconsuelo.



Debo confesar que al principio se me complicó mucho “el asunto” porque el desasosiego se me apareció semejando un calosfrío oscuro. El miedo que se me apareció me provocaba una temblorina que a nadie le deseo, porque seré yo un atarantado, pero lo que dispuso mi compadre Epigmenio no cualquiera lo cumple, se necesitan muchos pantalones para cumplir con semejante solicitud. Yo le dije que me prepara una botella de tequila

del más recio, y que antes de hacer cualquier movimiento me iba a llenar la barriga de alcohol, y ya encandilado, me daría valor para satisfacerle su necesidad.

Antes de “aquello” todavía me le anduve escondiendo a mi compadre. Con el paso de los días me propuse poner una buena distancia entre nuestras personas. Pensé que a lo mejor si no me veía, se le pasaría la idea que le alborotaba la cabeza y me dejaría tranquilo. Pero eso no pasó. Porque al paso de los días su mirada,

aunque enjuta, se ponía alerta acechándome a lo lejos y, apresurado mi compadre, me hacía señas para que me acercara a él, y ni tardo ni perezoso me recordaba, sentencioso, que la fecha se estaba llegando. Así de aferrado se puso mi compadre Epigmenio con su “encargo”.

—Acuérdese, compadre, hemos de mirarnos junto al río el día de la celebración de mi cumpleaños. Usted me hará el favor y habrá cumplido con el compromiso de la amistad —. Me dijo con su voz que

semejaba un rechinido malicioso para mis oídos.

—¡Cúmplame mi encargo, compadre, no me deje solo, porque si en alguien confío es en usted! — Por eso lo hice, porque no podía rehuirle a mi palabra. Además, estaba de por medio el compromiso de la amistad.

Lo malo es que ahora este temblor me acompaña a todos lados y en todo momento. Y luego se me complica controlarlo. Las manos me cosquillean

como si entre ellas trajera el infierno de un colmenar. Es como si ese cosquilleo estuviera avisándome que otra vez voy a repetirlo. Y lo repito. Lo malo del asunto es que, si alguien se da cuenta, segurito no veo otra vez el resplandor que acompaña a la alborada, porque de menos me dan encarcelamiento; si es que algún resentido no me da matarile primero.

¡Ah, que mi compadre, me dejó bien encandilado con su encargo! Y es que desde aquella vez en que me atreví a

cortarle su cuello se me hizo una costumbre. Y ahora me salgo todas las noches a buscar quién necesite consuelo. Y bien acomedido, le hago como me dijo mi compadre:

—¡Rápido y firme, córtele compadre, para que ya no sufra más por este padecimiento que me está pudriendo las entrañas! ¡Para que la soledad que se me encajó con la ausencia de mis parientes ya no me esté hostigando! —. Me dijo el hombre mientras señalaba su cuello, sin

miedo alguno. Yo le seguí sus instrucciones. Lueguito de que atendí sus palabras, el cuerpo de mi compadre, ya reseco por tanto sufrimiento, y ya desmoralizado porque su mente no dejaba de castigarlo recordándole a sus muertos entre la soledad que lo había aherrojado, dejó de moverse.

—Hasta aquí llegaste, compadre. Descánsate en paz, que los que nos quedamos a penar le seguimos—. Me di la vuelta y dejé que el agua se llevara los

restos del hombre. Así me lo pidió, así lo hice. También lo hice para demostrarle que para mí la amistad es un asunto serio. Y que el mote del aprecio me viene bien. Por eso lo hice.

Pero, ahora, ¿quién me calma esta necesidad, este cosquilleo en las manos y en los sentidos? ¡Y por la sangre que me parió que no les hago la vileza del arrebato! Esa falsedad se encargó de difundirla la noticia de ayer. Sus pertenencias las respeto. Lo único que quiero es ayudar a

los que sufren, para que sea más leve el sufrimiento que los acongoja; los encamino al silencio para que aquello que les pudre las entrañas ya no los haga sufrir. Es mi misión. Si hasta deberían agradecerme. Porque no cualquiera tiene los arrestos para darles consuelo a los desconocidos. Yo lo único que hago es calmar el ardor que les quema por dentro, porque eso hacen las enfermedades del alma, quemarlos para que sufran. Ese sufrimiento les anticipa la compañía de la muerte. Lo hago porque el

ardor lo tienen pegado en sus entrañas estos desgraciados. Es como si yo pudiera borrar la marca de la dolencia que los hostiga de a poco sin dejarlos concebir consuelo alguno. Lo único que hago es aligerarles el trajinar rumbo a la calma. Les asilencio su pesar.

¡Ni modo...! ¡Esta encomienda me quedó por andar de acomedido! Y ya a estas alturas se me ha hecho una marca: la marca de la costumbre por ayudar. Esto fue

lo que me quedó de la encomienda que me encargó mi compadre Epigmenio.

Al paso de los días el recuerdo de haber socorrido a tanto desgraciado me reconforta, de a ratitos, el pensamiento. Creo que mi compare sabía que, con esta labor, mi camino se enderezaría. Sabía también que ya no andaría yo de bullicioso. Por eso me lo pidió, para enderezarme la vida.

Aunque a fuerza de ser honesto, ya no me quedan ganas ni para quejarme. Más

bien, me ha llegado el consentimiento conmigo mismo, porque lo duro de esta labor no tiene para cuando terminarse.

Ya nomás me queda seguir escondiéndome para que nadie sepa lo que hago. Y de mi compadre, espero que su ánima haya encontrado el descanso eterno. Porque lo que es a mí, me dejó bien amolado con este cometido.



Eduardo H. González
(México, D. F. 1975)

Actualmente se dedica a la docencia.

Ha publicado poesía, cuento y ensayo literario en EE. UU., Chile, Argentina, España, País Vasco, Colombia, Puerto Rico, Venezuela y México.

Reconocimientos:

--- 3.^{er} Lugar en el Certamen Nacional de Poesía “Francisco Javier Estrada”, convocado por Casas del poeta A. C. México. 2008.

--- Mención en el Certamen Internacional de Poesía convocado por *Latin Heritage Foundation*. EE. UU. 2011.

--- Finalista en el Certamen Internacional de Poesía *El mundo lleva alas*, convocado por la Editorial Voces de Hoy. EE. UU. 2011.

--- Mención de honor en el 68 Certamen Internacional de Poesía y Narrativa, convocado por el Instituto Cultural Latinoamericano. Argentina. 2019.

--- Semifinalista en el Certamen Internacional de Poesía *Paralelo Cero*. Ecuador. 2019.

--- Fue seleccionado para conformar la Antología del Concurso Internacional de Cuento Libre “Juan Rulfo”. En el marco del

Festival Rulfiano de las Artes. México. 2020 y 2021.

--- Formó parte de la Antología Internacional “Poesía Fusión”. Editada como parte del acervo de la Biblioteca Pública Municipal “Ana María Ponce”. Argentina. 2020.

--- Fue seleccionado para integrar la *Bitácora Mundial de Literatura* (Sakura Ediciones. Colombia. 2020).

--- Obtuvo el 3.^{er} Lugar en el IV Premio Internacional “Letras de Iberoamérica 2020”, en la categoría de Ensayo Literario. Revista Literaria *ensentidofigurado*. 2020).

--- Fue seleccionado para conformar la Antología de poesía minimalista del 6.^o Certamen Internacional de Siglema 575 *Di lo que quieres decir*. Puerto Rico. 2020.

--- Se hizo merecedor a *Distinción literaria* en el 1.^{er} Concurso Literario Internacional de

Poesía “Dr. Julio Argentino Aguirre Céliz”.
Argentina. 2020.

--- Mención especial y publicación en la
Antología Poética Hispanoamericana
Contemporánea. Editorial Tinta de Escritores.
España. 2021.

Publicó:

--- *El jardín de las epifanías* Ensayos Literarios
(Sindicato Nacional de Trabajadores de la
Educación – SNTE. México. 2016).

Como compilador publicó:

--- *La tibieza de la melancolía*. Varia poética.
(Editorial Pedagógica Neza. 2016).

--- *Inicio de la llama*. Homenaje a José
Francisco Conde Ortega. Varia poética. (*letras
independientes* ediciones. 2013).

--- *Memorias de la antífona*. Poesía. (*letras independientes ediciones* – El biombo poético. 2012).

--- *Armónica obstinación del verso*. Homenaje a Dolores Castro. Varia poética. (*letras independientes ediciones*. 2011).

--- *Serpentinas de agua*. Poesía para niños (*letras independientes ediciones*. 2010).

Asimismo, ha sido incluido en más de una docena de revistas de literatura, nacionales e internacionales. Y en más de veinte antologías de cuento y poesía, en México y el extranjero.

FILCO2023



FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO EN COYOACÁN



EDUARDO H. GONZÁLEZ
(MÉXICO, D. F., 1975)

ACTUALMENTE SE DEDICA A LA DOCENCIA.
HA PUBLICADO POESÍA, CUENTO Y ENSAYO LITERARIO EN EE. UU.,
CHILE, ARGENTINA, ESPAÑA, PAÍS VASCO, COLOMBIA, PUERTO RICO,
VENEZUELA Y MÉXICO.



COLECCIÓN ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS DE MÉXICO
PROGRAMA DE LECTURA Y PROMOCIÓN PARA AUTORES MEXICANOS